

NO HAY NADA COMO VOLVER A CASA



CRÓNICAS DEL FIN

TESTAMENTO

VOLUMEN III

GABRIELLA CAMPBELL Y JOSÉ ANTONIO GÓRRIZ

Lectulandia

Adra regresa a Testamento, un oasis pestilente en un mundo que se derrumba. Nadie conoce el motivo, pero los monstruos no osan aproximarse al bastión del duque Rocal. Sabe que allí estará segura.

No llega sola: la acompañan Angie, un chico araña, y Gale... o lo que queda de él. Su nuevo amigo se debate entre la vida y la muerte, y para ayudarlo a Adra no le quedará más remedio que recurrir a Décima, su vecina, mercenaria y fuente continua de conflicto, y a Jezek, su casero, un comerciante y alquimista drogadicto.

Pero algo se cuece en el bastión. El Baluarte ha llegado a la ciudad y los problemas acechan.

Adra está a punto de descubrir que ni siquiera en Testamento se encuentran a salvo.

Lectulandia

Gabriella Campbell & José Antonio Cotrina

Testamento

Crónicas del Fin-3

ePub r1.0

Titivillus 11.03.18

Gabriella Campbell & José Antonio Cotrina, 2017

Ilustración de portada: Libertad Delgado

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro es para la Libélula, Libertad Delgado,
por dar forma a las cosas que viven en nuestra cabeza.

PRÓLOGO

Lock teme por Nadissa, por Bennet y por el cuaderno. La tierra es un tiburón; la tierra les da caza.

Se abomba y quiebra tras ellos, marca el trayecto del horror que los persigue. Lock hace un esfuerzo por mirar atrás y lo consigue a duras penas: el pánico domina su cuerpo. De los catorce que escaparon, solo quedan siete. Corren por una llanura pedregosa y cuarteada, lejos unos de otros, como si esa distancia les diera oportunidades de sobrevivir. Se abren grietas en el suelo, la arenisca forma remolinos entre las hendiduras. Aletas puntiagudas rompen la tierra en su persecución, aletas de color medianoche que llevan sus nombres como lápidas.

Busca a Nadissa y durante unos instantes terribles no la ve. Luego la descubre, envuelta en su velo gris, ve los mechones cobrizos que escapan y le cubren la cara. Corre a su izquierda, lejos, a casi treinta metros de distancia. Entre ellos está Bojan. Mientras mira, el hombre, agotado, cae al suelo. Lock grita, le pide que se levante, pero Bojan se despide con la mano: un sigue adelante, un no es culpa tuya. Lock se obliga a seguir mirando. Sí, sí, sí, sí es su culpa.

Él, Lock, les dio esperanza. Él es el idiota, el imbécil. Se creía el más listo y les dio una salida. Morirán todos y él es culpable.

Le toca a Bojan. El horror enfila hacia él. Surge de las profundidades, y arrastra polvo y roca. Es una criatura cenicienta que parece mezcla de carne y mineral, con las aletas en escala en su lomo; se lanza hacia el caído. Es un relámpago hambriento.

Abre las fauces —son como diamantes, espejos en violeta—, las cierra. Bojan ya no está.

Lock corre. No puede hacer otra cosa. ¿Es mejor acabar así, devorados, o continuar siendo esclavos de Malachy en la Madriguera? Bojan siempre dice (¡decía!) que Malachy está loco, que ha hecho de la demencia un arte. Vivir bajo su imperio era insoportable. Una pizca de poder, una pizca de oscuridad, una gran pizca de miedo: así se creó el tirano perfecto.

«Sácanos de aquí —le había pedido Nadissa, esta vez de palabra, no con los ojos como lo hacía siempre—. Da igual lo que nos pase. No aguantamos más. Mejor enfrentarnos al exterior que seguir viviendo con Malachy».

No sabe si el bebé es suyo, de Malachy o de cualquiera de los que la han violado en los últimos tiempos. Es algo cotidiano allí abajo: nadie está a salvo de los amos de la Madriguera, da igual la edad, da igual el sexo. Es uno de los peajes que hay que

pagar por la protección de los bárbaros. Él tampoco se ha librado: la última vez que tuvo que pagarlo fue el día en que Malachy volvió a escoger a Nadissa para sus juegos. No pudo evitar que el odio que sentía por aquel hombre, por aquel monstruo, se le notara en la mirada. Malachy decidió cambiar de víctima. «Os quiero a todos. A todos por igual», dijo la bestia; el sudor brillaba en su calva rapada de infante mal construido. Nadie hizo nada. Él tampoco, porque resistirse era una condena a muerte. Malachy violó a Lock y luego lo molió a golpes. Cuando se marchó, Bennet y Nadissa se acercaron y lo abrazaron tan fuerte que le hicieron daño. Pero no se quejó. Los necesitaba cerca. Ese dolor era bueno, ese dolor sanaba.

Accedió al ruego de Nadissa. Los lideraría hacia la libertad. Como habían hecho las leyendas y los héroes de otros tiempos. Estaba en el cuaderno: Gremio le había hablado de pueblos antiguos a los que un dios sin escamas, dientes ni tentáculos guiaba por el desierto.

Alguien grita. Decide no mirar. Es otra persona que confió en él y ahora es pasto de monstruos. ¿Cormac? ¿Siena? Otra pérdida. Las aletas siguen su marcha, cortan el terreno como si alguien lo serrase desde abajo. De cuando en cuando aparece un lomo gris entre la nube de polvo que se ha formado en la superficie.

Frente a ellos, a lo lejos, en la oscuridad de la noche turbia, tintada por los púrpuras de la luna contaminada, se vislumbran varias colinas de diferentes tamaños. Asoman entre las sombras como cabezas de gigantes cortadas por la mitad, pilas ciclópeas de morado podrido. Una de ellas se adivina enorme.

¿Por qué ha accedido a guiarlos? ¿Por qué ha creído en la ridícula posibilidad de que exista una tierra prometida? No recuerda quién fue el primero que habló del oasis del norte, un lugar donde las bestias no osaban acercarse. Pudo ser Gremio: era el más anciano del lugar, tanto que recordaba el día en que los monstruos llegaron por las brechas del cielo. Los entretenía con las historias de la era del hombre. Hablaba de los automóviles y los aviones, de las redes que comunicaron todo el orbe, de la luz eléctrica, de salas de baile, de bebidas refrescantes... Les hablaba del cine, de las películas, de los héroes. De Bogart, de Conan, de Espartaco, de Mickey el Ratón... Y todo eso Lock lo apuntaba en su cuaderno, con los pedazos de esquisto negro que arrancaba de las paredes de la cueva. Su padre le enseñó a leer y a escribir, mucho antes de acabar con Malachy bajo tierra. «Aquí estaremos a salvo», le había asegurado. Su padre murió en un derrumbamiento poco después. Todos morían. Todos acababan muriendo allí abajo, tarde o temprano. El propio Gremio cayó. Malachy le aplastó la cabeza con una roca cuando ya no pudo cavar más. En la Madriguera no había espacio para luz ni salas de baile ni bebidas refrescantes. Y no había héroes. Solo Malachy y sus hombres y el hambre y la violencia caótica, inesperada, que respiraban como el oxígeno escaso de los túneles.

Alguien. Alguien le habló de un lugar maravilloso donde los monstruos no se atrevían a entrar. Una tierra limpia en la que los hombres podían salir adelante sin jugarse la vida a cada segundo. Había una leyenda extraordinaria, fantástica, sobre un

avión que despedazó a una de las grandes mascotas de los leviatanes. Según se contaba, las demás criaturas no se acercaban a sus restos, como si aun ellos guardaran reverencia por un camarada caído o, qué absurdo, respetaran el coraje de quien derribó al engendro. Él lo creyó, porque necesitaba creer en algo.

Pero con su fe Lock los ha condenado a todos. Cómo se ha dejado engañar. En este mundo no hay nada que se pueda parecer remotamente a un lugar seguro.

La muerte de Gloria fue la gota que lo desbordó todo. Malachy y sus hombres siguieron su costumbre macabra y la devoraron cuando comenzaron a hacerse notorias las señales de su embarazo. Las pócimas que le dieron las viejas para que abortara no sirvieron de nada. Casi nunca servían. Algunas de las mujeres se provocaban el aborto a golpes. Otras saltaban desde una pasarela.

«Sácanos de aquí», dijo Bennet, con lágrimas en los ojos. Lloraba por la muerte de Gloria y porque sabía que Nadissa sería la próxima. «Te seguiremos donde vayas, Lock. Lo sabes. Hasta la misma muerte, si es preciso, pero sácanos de aquí».

Y aceptó.

La noche púrpura parece un hematoma en la piel del mundo. Corre, corre, Lock. Corre Nadissa, corre Bennet. Corre Siena, corre Cormac, corre Deva. Ya lo sospechaba, pero ahora lo ve: las colinas a las que se acercan no son colinas, son montículos de carne, pedazos de uno de los grandes engendros que llegaron a la tierra hace ya cincuenta años. De uno de los promontorios de carroña surgen espinas, grandes como catedrales, oscuras y puntiagudas, extrañamente bellas. Mira a su izquierda. Necesita comprobar que Nadissa está bien, que Bennet sigue vivo. A él lo ve correr adelante. Siempre es el más rápido. Pero Nadissa se ha quedado muy atrás. Ha caído de rodillas. Justo frente a ella hay un árbol retorcido que parece el esqueleto de un demonio de brazos múltiples. El árbol susurra palabras que Lock no puede oír, pero que mantienen hechizada a la mujer a la que ama, a la madre de un niño que será suyo, sea de quien sea en realidad. Se arranca la camisola e introduce la tela en sus oídos mientras retrocede hacia el árbol. Cuando le faltan apenas veinte metros, la tierra se abre y un ser de cuarzo y tendones se precipita sobre Nadissa y la despedaza a ella y al árbol que la ha condenado. Acaba rápido, pero, por mucho que viva, esos segundos permanecerán grabados en su memoria para siempre. Bennet se ha detenido y mira. La mueca en su rostro no se parece a nada que Lock haya visto.

No lo soporta. Se deja caer. Que acabe ya, decide, se irá con Nadissa. La seguirá hasta la muerte, hasta más allá si es preciso. Alguien lo llama (¿Bennet? ¿Puede hablar, después de esto? ¿Le quedan palabras?), pero no presta atención. No quiere seguir huyendo. No hay salida. Bennet también morirá. Le parece escuchar a Siena a lo lejos: ella también morirá. La tierra se abre en canal a escasos metros de donde Lock aguarda el final. Llueven piedras. Se alzan serpientes en el cielo. Forman parte de un horror mayor: un cúmulo de tierra, cristal, huesos y lo que parecen cadáveres amalgamados. Da la impresión de que emergen del mismo centro del planeta. El monstruo tarda una eternidad en erguirse. Cuelgan racimos de perlas orgánicas de su

delantera, brillan bajo la luna enfermiza como si estuvieran repletas de agua. Hay decenas de bocas abiertas en su superficie.

«Mátame, mátame, llévame con ella».

Pero no lo hace. Las serpientes intentan aproximarse desde el aire, pero en el último momento se echan hacia atrás. Lock se levanta, se tambalea. El monstruo retrocede. Brama. El monstruo tiene hambre, pero no quiere estar allí.

—¡No!

La criatura desaparece en el subsuelo en una nueva explosión de roca y tierra.

—¡No! ¡Vuelve! ¡Vuelve aquí! —grita Lock, fuera de sí—. ¡Cobarde, vuelve aquí!

Lo ve marchar y cae de rodillas de nuevo. A lo lejos, en la distancia, las montañas aúllan.

Como si despertara, mira a su alrededor. Alguien se acerca. Es Bennet, el chico, apenas adolescente, al que Nadissa y él tanto han querido, al que se abrazaron en la oscuridad de la Madriguera. Tras él viene Siena. No hay más supervivientes y no hay monstruos que los acechen, solo la luz lavanda de la luna. Bennet se deja caer a su lado y ambos miran el mismo punto, la misma mancha de sangre y carne que fue Nadissa. Se dan la mano, en silencio. Siena permanece en pie, un poco retrasada, como si no quisiera molestar.

Lock mira alrededor. Contempla el lugar donde han ido a parar, este lugar nuevo del que hablaba, quizá, Gremio. No siente nada. Solo vacío. Han llegado a la tierra prometida, pero él está vacío. Nadissa se ha ido y eso es imposible de superar: es imposible volver a la vida. Bennet le aprieta la mano y lo contempla con una seriedad pavorosa, con sus grandes ojos azules de creyente.

Están condenados. Todos lo están.

Abre su abrigo viejo, raído, y saca el cuaderno de debajo de su camisa, acaricia sus cubiertas y lo agarra con afecto. Extrae de su bolsillo un pedazo de carbón y acude a la última hoja, donde apuntó los nombres de los miembros de la expedición. Comienza a tachar, apenas puede contener el temblor de sus dedos. Solo quedan tres nombres: Lock Rocal, Bennet Europa, Siena Dahl.

Mira alrededor de nuevo y decide que este es un buen lugar para escribir una última nota sobre el hombre y su fin.

Un buen lugar para empezar un testamento.

UNO

La mujer que le abrió la puerta estaba desnuda.

Tenía la piel oscura, del color de algo apetitoso; era joven y hermosa, como era de esperar. Adra se llevó la mano al pecho, en un acto inconsciente de comparación. Una cadena de plata colgaba entre los senos de la joven, de la que pendía un unicornio diminuto, con ojos de amatista.

—Estoy buscando a Décima —dijo Adra. Intentó controlar su irritación. Las manos se le movían solas, las abría y las cerraba una y otra vez.

La joven la examinó con desprecio e hizo ademán de cerrar la puerta. Adra se le adelantó, y metió el pie y el codo con rapidez. Sentía bullir una furia fría, un enfado muy particular que solo la asaltaba en ese umbral. Maldita, maldita fuera Décima diez veces.

—¡Oye! —gritó la desconocida.

Adra la empujó y se abrió paso. Habría preferido no entrar y quedarse de manera perpetua en ese espacio extraordinario que era cualquier lugar que no contuviera a Décima, pero, como solía ocurrir, las circunstancias se imponían a sus deseos.

La entrada a las dependencias de su vecina seguía como de costumbre: atestada de objetos, a cada cual más variopinto y curioso; recuerdos todos de sus viajes en la Mordisco, algunos en tan mal estado que daba pena verlos. Eso a Décima poco le importaba: para ella todo era valioso, hasta la cabeza apolillada de ciervo que presidía una pared, la esfera de cristal donde nevaba si la sacudías o los portarretratos deslucidos de gente que llevaba más de cien años muerta... En Testamento solo había una persona que pudiera rivalizar con aquella colección de reliquias: el mismísimo duque. Décima era una de sus mejores proveedoras.

Adra la llamó a gritos.

—¡Décima! ¿Dónde estás?

Intentó avanzar y la chica la aferró del brazo.

—¡Pero dónde vas! ¿Quién te crees que eres para entrar así?

—Alguien armado. —Le enseñó la pistola que llevaba al cinto, hasta ahora oculta bajo la capa. Era una de las armas de los hombres de Ciara—. Y no es aconsejable tocarle las narices a alguien que va armado.

La chica la soltó al momento y retrocedió. Llevaba sandalias de tacón alto, de aguja. Que Adra supiera, antigüedades como aquellas ya solo se conseguían en Malparaíso o en los burdeles flotantes. La desconocida se había preparado a

conciencia para lucirlos: llevaba las uñas de los pies pintadas de granate y anillos plateados en los dedos.

—¡Décima! —Esta vez fue la joven quien la llamó. Miró de reojo hacia la cortina de brocado que separaba el corredor de entrada de la estancia principal. La preocupación en su voz era evidente. Adra casi sintió lástima por ella.

Se oyeron pasos al otro lado del cortinaje. Este se hizo un lado y apareció la dueña del lugar, sonriente, con una copa de licor ambarino en la mano. Adra pensó que al menos estaba vestida, benditas fueran las pequeñas misericordias del destino. Décima se acercó despacio. Con gesto teatral, se apartó un mechón errante y rojo de la cara. Por un segundo quedó a la vista el destrozo que era su oreja izquierda.

—La pobre chica no tiene la culpa de tu mal humor —dijo Décima—, no lo pagues con ella.

—La pobre chica... —refunfuñó Adra—. Ni siquiera recuerdas cómo se llama.

—Selena o algo parecido. ¿No es así, bonita?

—Andrea —soltó la otra, con voz herida.

—Un nombre precioso. —Décima sonrió a la joven—. Ha sido un placer conocerte, Andrea. Ahora recoge tus cosas y márchate, por favor. Tengo visita.

La chica se envaró en el sitio, incómoda. Frunció el ceño, resopló y desapareció veloz por la cortina. Adra y Décima se quedaron mirando en un silencio absoluto, separadas por apenas tres pasos. Su vecina la observaba burlona, como siempre miraba ella. Adra pensó que aun ante la muerte se mantendría con esa misma media sonrisa, ladeada e inconsciente.

Décima se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo corto; al hacerlo, el chal con el que se cubría se deslizó, dejando al descubierto uno de sus hombros anchos, blancos y pecosos. Décima era un monstruo de mujer, más alta y fornida que cualquier hombre que Adra hubiera visto. Y sin embargo su piel pálida, estrellada de pecas, era de una delicadeza extraordinaria, hasta tierna. Del otro lado de la cortina se escuchó el ruido de algo que rompía: un jarrón, una estatuilla o cualquier otro de los múltiples adornos del dormitorio de Décima. Ninguna de las dos se inmutó, pero a Adra le pareció ver, durante medio segundo, una sombra de turbación en su vecina.

Andrea regresó, vestida al fin. Calzaba botas viejas y sucias, y llevaba las sandalias de tacón entre los dedos de una mano; tenía todo el aspecto de alguien que quiere estar cuanto antes en otro lugar. Cuando puso una mano en el picaporte, Décima la detuvo:

—Deja el colgante aquí, si eres tan amable.

—Creía que era un regalo —dijo ella.

—No hago regalos. Solo era un préstamo para una situación muy concreta. Quítatelo, por favor.

La joven no replicó. Se sacó el unicornio por encima de la cabeza y lo dejó en una mesita de ébano, sobre un plato repleto de monedas y piezas de relojería. Luego se marchó y se llevó consigo su pecho perfecto y sus uñas pintadas. El eco del portazo

que dio al salir tardó en apagarse.

Envuelta en el silencio tenso y ridículo que siempre acompañaba a sus encuentros con Décima, Adra pensó que preferiría que le atravesaran una pierna con un hierro candente que pedirle algo. Pero no le quedaba alternativa.

—Necesito tu ayuda.

—Hola, querida —dijo Décima y le sonrió. Se le marcaron las comisuras de los labios bajo los pómulos, como si nunca hubiera matado una mosca. Como si nunca hubiera mutilado a nadie ni arrancado un corazón a cuchilladas—. Tienes mal aspecto, ¿no has dormido bien?

—No tengo tiempo para tus tonterías —soltó Adra—. Necesito que me ayudes.

—Ya, ya, eso ya lo he oído. Sabes que lo haré. —La sonrisa casi se convirtió en carcajada—. ¿Qué quieres de mí, Adrastea?

—Ven a mi casa. Es importante.

Décima se acercó, a una distancia peligrosa. Adra contuvo la respiración. Frente a frente, su vecina le sacaba casi medio metro. De acercarse un paso más, tendría la cara enterrada entre la tela que cubría su pecho. Décima se inclinó y Adra encontró su rostro anguloso casi en la cara, su mandíbula poderosa a apenas unos centímetros. En un movimiento veloz y seguro, podría recurrir al beso o al degüello.

Décima se lo puso fácil:

—¿Quién se muere esta vez?

.....

La buhardilla de Adra quedaba justo sobre las dependencias de Décima y, aunque compartieran edificio, poco tenían que ver entre ellas. El cuarto de Adra era una ratonera, mientras que su vecina tenía tres habitaciones para ella sola, todo un lujo en Testamento. Transportar bienes de bastión en bastión era arriesgado, pero muy lucrativo, y a Décima siempre le había gustado hacer ostentación de su riqueza.

Subieron con premura los peldaños sucios que comunicaban las dos plantas. La luz turbia que se colaba por los ventanucos era todavía escasa, pero las luciérnagas de los quinqués, como cada amanecer, se habían apagado ya. Las sombras de las dos mujeres eran charcos viscosos que las precedían en las escaleras.

Adra dio un golpe seco en el vértice superior izquierdo de su puerta, que se abrió con un sonido quejumbroso de madera vieja. La hoja no terminaba de encajar y Jezek no hacía nada por arreglarla. «Adra, mi preciosa Adra —dijo la última vez, con ese tono meloso tan suyo—, ¿el mundo se desmorona y tú quieres que me ponga a arreglar puertas? Anda, no me jodas y disfruta del apocalipsis».

Era la primera ocasión en meses que Décima entraba en su habitación. Esta, escasa y asfixiante, era una oda al desorden, como la vida de Adra en general, como el mundo entero a fin de cuentas. En las dependencias de su vecina, cada objeto y recuerdo tenía un lugar asignado, en el cuarto de Adra todo era caos. Ahora, además,

contenía a un chico araña atemorizado y a un joven al que había matado una vez y resucitado dos.

Gale estaba tirado en la cama revuelto, desarropado. La herida abierta, roja y horrible, le nacía en la base de la garganta y llegaba hasta cerca del ombligo. Era un rayo de carne, un trazo sangriento. El poder de Adra no curaba las heridas a quienes resucitaba, de eso se encargaba la transformación. Pero Gale tampoco había cambiado en esta ocasión. No por entero, al menos. Adra evitó mirar la garra que surgía de su muñeca derecha.

—¿Tienes nuevos amigos? —le preguntó Décima. Ahora no había burla en sus palabras, solo curiosidad. Y cierta sorpresa.

Adra decidió ignorarla.

—¿Más convulsiones? —le preguntó a Angie.

El chico araña se había replegado a una esquina del cuarto e intentaba hacerse invisible contra la pared. Todavía la contemplaba espantado. Ella lo entendía: la había visto perder el control, había visto en lo que se había convertido y de lo que era capaz.

—No desde que te fuiste —contestó, casi en un susurro. Miraba acobardado a la recién llegada. No era para menos: Décima parecía concebida para impresionar (y eso que no llevaba ni sus armas ni su coraza). Adra sabía que antes de transportar cargamentos se había dedicado a labores más oscuras, pero nunca había querido preguntar.

Décima señaló hacia Gale con un movimiento de barbilla.

—¿Qué le ha pasado al chico?

—Yo —contestó Adra.

—¿Lo atacaste o...?

—Perdí el control, lo maté y luego lo resucité. Por segunda vez. —Miró de reojo a Décima y a punto estuvo de sonreír al ver su expresión de asombro—. No hay tiempo para detalles. Tengo que encontrar a Jezek y no me atrevo a dejarlos solos. Gale tiene ataques, cada vez más frecuentes. ¿Puedes ocuparte de él? Evita que se trague la lengua y todo eso.

Décima no contestó, pero, por su gesto de resignación, Adra supo que se quedaría.

—¿Jezek no está abajo?

—No ha dormido en su cuarto —dijo Adra.

—¿Qué cabrón. Ya sabes dónde está entonces.

—Prometió no volver a hacerlo.

—¿Lo creíste? No eres tan ingenua, Adra.

Adra se mordió la lengua. Décima era la única persona que la llamaba así. Lo hacía, por supuesto, porque sabía que la sacaba de quicio. Intentó calmarse. No podía empezar una discusión ahora: la necesitaba.

—Puede que lo sea. Decían que me parezco mucho a mi padre. Y en este mundo

no ha habido nadie tan ingenuo como él. —Con esfuerzo, extrajo la manta de debajo del cuerpo de Gale y consiguió arrojárselo con ella—. ¿Te encargarás de ellos?

—Lo haré, sí. Una vez más, vengo a salvarte el culo. Pero luego espero muchas explicaciones.

Adra asintió, distraída. La mirada se le escapó hacia la garra. Era curva, de unos veinte centímetros, y nacía a mitad de la muñeca de Gale. Lo que antaño fue una mano ahora era un muñón arrugado, casi consumido, oculto por la garra. Apareció poco después de que lo resucitara por segunda vez: su mano se marchitó a ojos vista mientras aquella formación ósea crecía de su carne, milímetro a milímetro, cubierta por una telaraña de materia orgánica que al final se desprendió de ella, como una piel vieja. A excepción de su tamaño, era idéntica a la del Gale de la visión provocada por el Chacal.

Recordó a la mujer anémona. «Creen que pueden detener lo imposible», había dicho, refiriéndose a los que dirigían aquel búnker repleto de contaminados. «Se creen campeones de la humanidad, sus últimos defensores, cuando no son nada».

Pero Adra sospechaba que allí abajo sí habían logrado algo. Había visto a Gale en la visión del Chacal, un Gale futuro, un Gale que había vencido a uno de los grandes monstruos. Y esa visión no era una fantasía, porque esa garra era la misma garra. Más pequeña, sí, pero lo era.

—Despierta, querida —dijo Décima.

Adra volvió en sí. Sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta.

—Volveré pronto —anunció. La otra la detuvo con un gesto. Ahora había verdadera preocupación en su cara:

—¿Dónde está Winston? —preguntó.

—Está bien —contestó Adra. Y se aferró a esas dos palabras como si fueran la única verdad que importaba, como si no le hubiera dado un vuelco al corazón cuando no lo encontró aguardando a la entrada del edificio de Jezek—. Estará bien —insistió.

Tras otro golpe a su puerta maltrecha, salió al corredor. Necesitaba a Jezek. Él sabría qué hacer para curar a Gale, estaba segura. Bajó las escaleras de dos en dos. Los peldaños descuidados crujían bajo sus pasos.

No podía olvidar el rostro de Gale al morir, su mirada de espanto, cuando la Adra transformada se le echó encima. No era así como tenía que haber pasado. Adra, como siempre, tenía un recuerdo vago de lo sucedido; todo estaba cubierto por una neblina roja y la furia. El plan fue darles tiempo a Angie y a Gale para escapar, mientras ella se encargaba de los errantes. Pero la voluntad de la Adra monstruo no era la voluntad de la Adra normal. Había perdido el control: dejó la carnicería a medias para correr en busca de los dos que huían. Se le escapaba el motivo; fue un impulso irrefrenable, algo que brotó de sus intestinos. Se estremeció al recordar la euforia brutal que sintió al descubrir a Gale, indefenso, a su alcance. La Adra monstruo —que no ella, la Adra racional y dominada— lo había reconocido.

Lo mató. Lo abrió de un zarpazo desde la garganta hasta el ombligo y, como si no

fuera suficiente, le rompió el cuello de un golpe. Algo extraño sucedió entonces, un estremecimiento visceral, una tormenta en su interior... El velo de furia se atenuó y Adra, de milagro, consiguió revertir a su forma humana. Casi por impulso, saltó hacia Gale y lo trajo de vuelta a la vida. Lo resucitó, porque qué más podía hacer. Pensó en la primera vez que lo había hecho, aquella que no tuvo consecuencias. ¿Por qué no se había transformado entonces, como los demás resucitados de Adra? ¿Por qué ahora se había sumido en aquel desmayo violento? Cada vez más preguntas, cada vez más complejas. ¿Qué habían hecho con Gale en el búnker? ¿Qué pasó realmente allí? Recordó al primado, agonizante en la prisión del Chacal. Por primera vez, Adra había sentido compasión hacia el enemigo.

«Sea lo que sea, lo que has visto es real —le dijo Bautista—. Sea lo que sea lo que te ha mostrado la bestia, es real. O lo será».

Pero ella no lo creyó. Hasta que apareció la garra.

Llegó abajo. El edificio era una construcción de madera, reforzada con planchas de metal. Tenía tres pisos y era uno de los más altos de Testamento. Todo él pertenecía a Jezek; lenguas envidiosas contaban que había hecho algún trato diabólico con el duque para poseer tanto espacio, pero Adra sabía que todo provenía de su talento como comerciante y como artesano de ensalmos.

La planta baja era del uso exclusivo de Jezek. Allí estaban su tienda, su almacén, su taller y el cuchitril inmundo donde dormía, porque para Jezek dormir estaba sobrevalorado. La puerta que llevaba al exterior era de madera sintiente arrancada a un árbol murmurador, y en ella estaba grabada la esencia de Adra. Al reconocerla, la puerta le facilitó el paso.

Se tocó el oído al notar humedad: la herida de su oreja había vuelto a abrirse. Se limpió la mano en la pernera del pantalón, que no era suyo. La prenda pertenecía a uno de los cadáveres de los hombres de Ciara. Se los había quitado, al igual que la casaca y la coraza. Transformarse siempre le destrozaba la ropa. Había aparecido en Testamento de esa guisa y a buen seguro que había llamado la atención a los vigilantes de la puerta (y no solo por su vestimenta: la presencia de Angie cargando con Gale seguramente había dado de qué hablar). No la habían detenido, la conocían demasiado bien. Ya en casa se libró de la coraza y la casaca, ambas ensangrentadas, y se puso una de sus blusas y la capa.

Echó un nuevo vistazo a la entrada embarrada. Al llegar había creído ver huellas de Winston, pero ahora no había ni rastro de ellas. «Estará bien —se repitió—, estará a salvo». Winston era, como ella, un superviviente. Intentó frenar el recuerdo, pero estaba demasiado cansada. ¿Cuántos años tenía en aquel entonces? ¿Siete, quizá ocho? Estrépito, la galga del poblado, tuvo cachorros, seis preciosos animalillos, cuatro hembras y dos machos. Adra se enamoró de ellos. Hasta que una mañana uno de los perritos, en mitad del juego, la mordió con más fuerza de la que esperaba. Adra se asustó. Y se transformó por primera vez.

«Contrólate, contrólate, contrólate».

Solo sobrevivió Winston. Quería pensar que fue su mirada inteligente, de ojos oscuros y brillantes, lo que la contuvo. Era una idea esperanzadora: si se detuvo entonces, tal vez lograría controlarse en el futuro.

«Estará bien. Tiene que estar bien. Porque si Winston muere...».

Prefirió no terminar ese pensamiento. Testamento olía a podredumbre, a humedad, a sudor y una vaga esperanza. Tomó aliento y aceleró la marcha. Tenía que encontrar a Jezek.

DOS

Aceleró el paso por las callejuelas mugrientas. La barriada de Jezek estaba al sur, muy cerca de la puerta de acceso, y era un caos de estructuras pequeñas y apiñadas. El bastión había crecido mucho en los últimos años, pero era un crecimiento fruto de la improvisación, sin plan urbanístico. Testamento era una ciudad extraña, de personalidades múltiples: amable y al mismo tiempo insensata; a veces cruel. Adra consideraba que era un reflejo fiel del hombre que la gobernaba.

Su destino quedaba al otro extremo del bastión y si quería ahorrar tiempo tendría que atajar a través del caos de edificios hacinados. Entró en un pasadizo entre chabolas y pisó sobre mojado. Una mujer arrugada le salió al paso, enarbolando una fregona. De su boca escaparon mil improperios.

—¡Lo siento, Cuaresma! —Adra juntó las manos ante el rostro, en señal de disculpa—. ¡De verdad que lo siento, tengo mucha prisa!

—¡Tú siempre tienes prisa, niñaata!

Adra ascendió por una pasarela improvisada, con cuidado de no resbalar en los tablones recién fregados, para cruzar el cinturón de chabolas. Cuando llegó al otro lado paró un momento para recuperar el aliento. Alguien vació una cuba de porquería a unos metros de distancia. Hedía, pero hedía como toda la ciudad. El olor de Testamento era un aroma pesado, que se te colaba por las fosas nasales y te arañaba la garganta, un olor al que nunca te acostumbrabas. Para Adra era el olor de la seguridad. Allí estaba a salvo, o al menos estaba a salvo de los monstruos y aberraciones que vagaban por el mundo.

A lo lejos se divisaba la mole de carne que una vez fue parte de uno de los engendros invasores. Aquel montículo dominaba toda la llanura. Era una montonera bermellón y grotesca de la que sobresalían un sinfín de espinas enormes, de un negro obsidiana. Aquella cosa murió en los primeros días de la invasión y sembró con sus restos varios kilómetros a la redonda. Desde entonces, y por algún motivo desconocido, ninguna de las criaturas que deambulaban por los alrededores osaba acercarse. La situación, del todo inesperada, sirvió para que naciera un pequeño asentamiento que, poco a poco, se fue convirtiendo en una verdadera ciudad. La levantaron alrededor de uno de los pedazos del monstruo: el más pequeño y menos hediondo. Cuando el viento soplabá del norte, del lugar donde estaba la montaña de carne roja, era imposible permanecer en las calles. Los vendedores de filtros nasales y mascarillas tenían un dicho: «El viento frío nos llena el bolsillo».

Las botas de Adra no tardaron en mancharse del barro perpetuo de las calles. Avanzó vigilante, atenta a cualquier movimiento fuera de lugar, a cualquier signo de galgo. Conocía a la perfección todos los caminos de la ciudad y también conocía sus sonidos: los gritos de los vendedores, los insultos lanzados de una ventana a otra entre chozas y edificios de piedra o chapa. Se escuchaba el cacareo frenético de las gallinas en los corrales y el balido —ese balido que casi parecía carcajada— de las cabras. Eran de las pocas criaturas domésticas que habían sobrevivido al holocausto. Su madre solía decir que ya podía acabarse realmente el mundo, que ya podían bajar todos los leviatanes y devorar lo que quedaba de vida: en sus estómagos seguirían ilesas, balando como locas, unas cuantas cabras.

Una vez dejó atrás los cercados, Adra se adentró en el corazón de la ciudad. La colina de carne se expandía en el centro, con dos espinas que sobresalían en uve de su cima. La base de la espina izquierda estaba horadada; allí tenía sus dependencias el duque Rocal. La parte baja de la espina derecha también estaba hueca y servía de almacén principal del asentamiento.

Había otras dos espinas cercanas: la espina de Desembarco, como daban en llamarla, se alzaba en vertical, a unos doscientos metros de la colina de carne y, anclados en ella, estaban los bajeles de los comerciantes y visitantes del bastión. Allí aguardaba Mordisco, la nave de Décima, desprovista de sus pieles de camuflaje. La otra espina debió de desprenderse hacía mucho tiempo y ahora se extendía, cuan larga era, en paralelo a una de las calzadas principales. También la habían vaciado y la habían convertido en refugio, preparado para guarecer a la población civil en caso de emergencia.

Resultaba extraño, pero no solo los monstruos evitaban Testamento. Nunca llovía allí: ni comecarnes, ni cuchillas ni cenizas venenosas. Tampoco había torbellinos de sangre, ni llamaradas vivas ni ninguna de las demás locuras meteoromágicas que asolaban la superficie del mundo.

Adra apretó el paso, ahora casi corría. No podía detenerse y esperaba atravesar Escarmiento, la plaza mayor del bastión, sin la interrupción de costumbre.

—¡Adra! ¡Adra! ¡Adra!

No hubo suerte. Un griterío considerable y agudo le salió al paso cuando ya cruzaba la plaza. Era un rebaño de niños, la mayoría descalzos y desaliñados. Se aproximaron a ella, rápidos. Adra recordó a los errantes con los que había lidiado hacía apenas unas horas.

—No puedo pararme hoy con vosotros, mocosos, tengo prisa.

Corrieron junto a ella, acosándola a preguntas. Adra continuó su avance, escoltada ahora por el grupo infantil más adorable e irritante que hubiera conocido.

—¿Has matado a muchos monstruos?

—¿Traes algún corazón doble?

—¿Sigues enfadada con Décima?

—¿Nos enseñas tu lanzaensalmos?

Adra intentó acelerar, pero era difícil rodeada de críos. Al final de la plaza estaban montando el mercado. Los comerciantes comenzaban a cubrir los puestos con telas raídas y ordenaban sus cajas de viandas, ropas y herramientas. Uno de ellos reconoció a Adra y la saludó al pasar. Varios niños se quedaron atrás cuando les ofreció una pieza de carne seca, pero la mayoría siguió en la estela de Adra, como las enormes criaturas que acompañaban a los leviatanes.

Un chiquillo hizo la pregunta que tanto temía.

—¿Dónde está Winston?

Y se desató una retahíla de nuevos ataques:

—¿Está bien?

—¿Está muerto?

—¿Está herido?

—¿Dónde está? ¡Siempre va contigo!

El líder del grupo era un chico de unos trece años de cráneo rapado y una trencita que parecía una cola de rata. Adra había olvidado su nombre, pero en su cabeza siempre sería así: Cola de Rata. Era el más insistente. Se lo quitó de encima de un empujón.

—¡Dejadme en paz! ¡Tengo cosas que hacer y me estáis retrasando! ¡Winston está bien! —Ese era su nuevo mantra; la nueva frase a la que afianzarse.

Los niños huyeron en desbandada y Adra siguió su camino. Dejó atrás el centro, dejó atrás el mercado y las viviendas mejor construidas. Conforme se alejaba de la plaza, las casas volvieron a convertirse en racimos de chabolas y, a medida que se alejaba aún más, estas también escaseaban. Había tejedurías grandes, donde el sonido de los telares llegaba como un zumbido suave; alguna taberna de mala muerte; un par de hornos renqueantes y una plazoleta descuidada donde un grupo de adolescentes había madrugado para hacer acrobacias sobre patinetes de madera y latón.

El objetivo de Adra pronto quedó a la vista, muy cerca de Testamento, pero sin formar parte realmente de la ciudad. Era otra protuberancia carnosa, pero diferente al resto: una especie de gusano o pedazo de intestino desproporcionado, cubierto de acanaladuras. Había un par de viviendas junto a él y un vallado que lo rodeaba todo.

El Tubo.

Se dirigió hacia allí a paso vivo. Cuando aún le quedaban unos metros para llegar, una silueta oscura tumbada ante la valla se incorporó de un salto y corrió hacia ella a toda la velocidad que le daban sus patas largas. La alegría que sintió al verlo fue indescriptible, como si acabara de explotarle un sol en el pecho.

—¡Winston! —exclamó.

Un buen puñado de kilos y amor le cayeron encima. El galgo la cubrió de lametones entusiastas con su lengua infinita, la pisoteó con sus extremidades huesudas. Adra se dejó hacer.

—Lleva horas vagando por aquí —dijo una voz desde el cercado—. Le he dado agua y un poco de pan, pero no deja que me acerque. —Allí estaba Barruf. Orondo y

aseado, bien vestido, fumando una pipa enorme. Siempre desentonaba en el lugar como una nota discordante, una canción mal cantada.

—Me dijiste que no lo dejarías volver, Barruf. Teníamos un trato.

—Lo sé, lo sé, pero Jezek es muy convincente. —Agachó la cabeza y Adra pensó que por lo menos tenía la decencia de parecer arrepentido—. El cabrón tiene mucha labia.

—Y tú una conciencia de mierda.

—Hay que sobrevivir, cariño —dijo Barruf—. Yo no tengo el cuajo que tienes tú para salir ahí fuera a capar engendros.

A pesar de la urgencia, Adra dedicó unos minutos a inspeccionar a Winston. Se aseguró de repasarlo por completo, escudriñó su piel en busca de heridas o irritaciones. El galgo estaba bien, no tenía ni un rasguño. Era un bastardo con suerte; Adra a veces tenía la impresión de que alguien o algo velaba por él. El perro todavía llevaba las alforjas, intactas. Abrió la bolsa derecha y sacó su lanzaensalmos. Se lo enfundó y se incorporó.

—Conmigo, Winston. —Y la frase la hizo sentir dichosa.

El galgo obedeció con alegría desmesurada. Adra se acercó a Barruf y a la gran protuberancia orgánica. Oía a humo, a carne recién guisada.

—¿Cuánto tiempo lleva allí? —le preguntó sin mirarlo.

—Desde ayer por la noche —dijo Barruf entre las nubecillas violetas de su pipa—. Se lo está pasando de vicio, te lo aseguro.

Adra expulsó aire en un resoplido exagerado.

—Eso no lo dudo. Pero no quiero quedarme sin casero.

Barruf se encogió de hombros. Él proveía y los demás pagaban, ¿qué iba a hacer? Adra se sentía decepcionada, pero no sorprendida. ¿Quién era ella para juzgarlo? Siempre volvían a lo mismo: todos velaban por sus propios intereses, sin pensar en los cadáveres que dejaban atrás. Sobrevive, sin pensar en el precio, a costa de lo que sea. Adelante, siempre adelante, y no mires nunca a tu espalda.

Barruf se hizo a un lado para abrir una puerta de hojalata mal pintada. Realizó una reverencia teatral y Adra reprimió el impulso de soltarle un puñetazo.

La antesala al Tubo era un garito estrecho, de paredes de madera mohosa con fotografías desvaídas de mujeres desnudas y un suelo de polvo y gravilla. Tras la barra servía Lepo, un joven amarillento y blando, con el labio inferior hendido. Limpiaba vasos con desgana.

Le hizo un gesto de saludo, una sacudida de cabeza.

—¿Vienes por él, no? —preguntó el chico—. Ya le advertí a Barruf que no lo dejara entrar. ¿Le has sacudido?

—Hoy no, pero me la guardo.

—Je —dijo y añadió en un susurro—: cuando le des, dale fuerte.

Ella asintió. Aguardó a que Lepo le tendiera una de las mascarillas que guardaba bajo la barra y procedió a asegurarla sobre su boca; hizo una mueca de dolor cuando

la cinta le rozó la oreja herida. Se acercó a la puerta metálica que conducía al verdadero negocio: era recia y dura, encajada en la carne flexible del monstruo, con una gran mirilla a media altura. Recordó al momento las puertas de las celdas del búnker.

La abrió y dejó a la vista el pasillo rojo que zigzagueaba a través de aquella víscera espantosa, y pasó al otro lado. Winston entró tras ella, sin vacilar un segundo. Para el galgo todo era una gran aventura. Ahora avanzaba, alerta pero feliz, en esa pose puntiaguda de concentración extrema —que empezaba en el hocico y acababa en la punta final de la cola, tiesa como un palo— que tanto le gustaba a Adra. Solo mirar al perro era una recompensa. Recordó en ese momento a su padre, al que Winston había adorado. Su padre tuvo un gato, un animalejo sucio y huraño que lo seguía a todas partes. Se le subía al hombro, al cuello, a la cabeza... Eran inseparables, como Winston y ella. ¿Qué fue de ese gato? No conseguía recordarlo y tal vez fuera mejor así. El galgo le ladraba al gato sin cesar; Adra nunca tuvo claro si quería jugar con él o destriparlo; quizá ambas cosas. El gato se refugiaba tras el cuello de su padre y miraba al perro con una mirada pícara, como si lo retara a intentar atraparlo. Y el padre de Adra reía, cómo no, haciendo suyo cada momento, cada instante de felicidad.

Adra odió echarlo tanto de menos y se agarró a la pared sin pensar. Despegó la mano de inmediato: la membrana blanda y pegajosa le cubría los dedos, se le colaba bajo las uñas. Todo esto también era parte del monstruo cuyos restos se desperdigaban por la zona, una parte de la que algunos habían sabido sacar provecho. Había quien se arriesgaba a viajar desde otros bastiones solo para poder pasar unas horas allí dentro. El túnel de carne se abría ante ella, iluminado por faroles pequeños de aceite dispuestos en un suelo que no era tal, sino una lengua más larga que la de Winston, una base escarlata y blanda que hacía un ruido repugnante de succión a cada paso que daba.

El pasadizo fue a desembocar a una galería amplia y orgánica. Adra pestañeó con fuerza para librarse de las lágrimas que le nublaron la vista. Un humo denso y maloliente la atosigaba, aun con la mascarilla. Winston gimoteó, un ruido apenas perceptible de galgo preocupado, y retrocedió. En el suelo, a ambos lados de las paredes de carne, había dispuestas dos largas rejillas y, bajo estas, carbones al rojo vivo. El calor era intenso y hacía que del órgano del monstruo brotara la niebla extraña. Tres hileras largas de bancos se alineaban en paralelo en el centro de la caverna y apenas quedaba un hueco libre.

Al menos treinta personas se hacinaban allí. Algunos cantaban, otros gemían; todo el que respiraba la niebla caía en un trance profundo. Adra sabía que algunos tenían visiones; otros, sueños extraordinarios. Había quien decía que al aspirar aquel humo se veía proyectado al espacio sideral, a lugares que no se podían describir con lenguaje humano. Lo que todos aseguraban era que, mientras duraba ese trance, los embargaba una sensación de felicidad tan plena, tan absoluta, que luego costaba

mucho reintegrarse en el mundo real.

—No sé cómo eres tan gilipollas —le dijo a Jezek.

Su casero estaba hecho un ovillo en un extremo de uno de los bancos, envuelto en su abrigo de pieles. Estaba callado, inexpresivo e inmóvil, demasiado inmóvil. Asustada, Adra trasteó entre los pliegues del abrigo, hasta encontrar su garganta. Tenía pulso: seguía vivo.

—Despierta —susurró, apremiante—. Venga, ya está bien. ¡Despierta! —Lo agarró del cuello y lo zarandeó de un lado a otro.

Jezek abrió los ojos y le dedicó una sonrisa indolente, perezosa. Adra rechinó los dientes.

—Me mentiste —le recriminó—. Dijiste que no volverías por aquí.

—Digo tantas cosas... —murmuró, somnoliento. Tenía el pelo disparatado, como si acabara de recibir una corriente eléctrica—. El mundo es demasiado gris. Aquí al menos hay luz.

—Pues ve apagándola, nos vamos a casa —dijo Adra—. Necesito tu ayuda.

—¿Has pensado, bella mía, en que eres la mar de convenida? —Jezek rio. Un reguero de saliva cayó por su barbilla y le manchó las pieles—. Quiero esto, necesito aquello. ¿No has pensado que el pobre Jezek también tiene sus necesidades?

—Te estás matando, viejo imbécil. Eso es lo que estás haciendo y te quiero vivo.

—Eres una perra egoísta. Solo piensas en ti. —Se sentó en el banco y se frotó el pelo, con ambas manos—. ¿Qué quieres, Adra? Aparte de que siga vivo, me refiero.

—Necesito que salves a alguien —dijo con firmeza. Y luego añadió—. A alguien a quien yo he matado.

TRES

Winston entró como un rayo en la habitación, con alegría desbordada y el rabo en vorágine. Adra tuvo que agarrarlo de las alforjas para impedir que saltara sobre Gale. Miró el arnés que sujetaba las bolsas del perro, desgastado, a punto de reventar. Tendría que cambiarlo pronto. «Otra cosa pendiente», se dijo, y se sintió cansada, muy cansada.

Ojeó a Jezek, que todavía parecía algo trastornado por el Tubo. Sus movimientos eran lentos, torpes, pero Adra sabía que pronto volvería a la normalidad. Por ahora, examinaba a los reunidos en el cuartucho, con las manos en los bolsillos de su gabardo y los ojos enrojecidos. Extrajo una mano, despacio, y con ella salieron unas gafas. Se las colocó con gesto afectado: el cristal izquierdo estaba destrozado, convertido en una telaraña disparatada; tras el derecho se veía un ojo azul inmenso.

—Jodeeerr —arrastró la palabra, como si quisiera regodearse en cada fonema—, esto parece el camarote de los hermanos Marzo.

Hacía tiempo que Adra había dejado de buscarle sentido a las expresiones pintorescas de Jezek. Si se refería a la cantidad de personas presentes, tenía que darle la razón. Nunca había visto su cuarto tan atestado. Se notó nerviosa, agobiada. Aquellas cuatro paredes eran su refugio y estaba acostumbrada a que solo incluyeran una Adra y un Winston; de vez en cuando, en otro tiempo, una Décima.

Como si acabara de escuchar su nombre, Décima le prestó atención. Su vecina se había apoderado del mejor asiento de la estancia: estaba acomodada allí, en el sofá de Adra, transmutada en reina del mundo y envuelta por completo en su chal de seda lila, como una oruga gigante dentro de su crisálida. Cabeceó en dirección a su casero.

—Me han dicho que has vuelto a las andadas.

—No me sermonees tú también —dijo Jezek—. No tienes autoridad moral. —Décima soltó una risotada, como si le acabaran de contar el chiste más gracioso del mundo. Jezek miró hacia Angie, que seguía acobardado en su esquina—. Te rodeas de gente muy peculiar, Adra. Hacía tiempo que no veía un archet; creía que habían huido todos al este.

—¿Un qué? —dijo Angie, extrañado. Se frotó las manos una contra la otra, inquieto. Sus patas sanas también se removían, nerviosas bajo el abdomen, como si cogiera carrerilla para darse a la fuga—. ¿Un archet?

Jezek no le contestó; ninguno lo hizo y Angie siguió callado, pegado a la pared y con los ojos muy abiertos, pendiente de cada movimiento del casero. Este se acercó a

la cama.

—Recapitulemos. —Miró a Adra a través del cristal sano—. Aseguras que lo has resucitado dos veces. La primera no sucedió nada y en la segunda... Bueno. —Señaló hacia la garra, acusatorio—. A la segunda ha pasado eso. ¿Te cae bien el muchacho? Porque si lo que intentabas era ayudarlo, se te da más bien regular...

Esperó una réplica de Adra, pero ella no dijo nada. Se limitó a asentir, acucillada junto a Winston. Acarició el pelaje oscuro y aterciopelado del galgo. La respiración del animal era un oleaje tranquilizador. Lo mantuvo sujeto de las correas mientras lo liberaba de las alforjas.

En Testamento tenían algo parecido a un hospital: una casucha en el barrio norte donde varios voluntarios trabajaban para ayudar a los heridos y enfermos, a cambio de comida, mantas u otros servicios. Sus esfuerzos eran loables, pero sus resultados eran desiguales y Adra se alegraba de no haber tenido que recurrir a ellos. Tenía a Jezek, un verdadero experto en elaborar ensalmos, pócimas y ungüentos. Había hecho de lo extraño su campo de trabajo y luego había sabido ganarse muy bien la vida con ello. No había una palabra precisa que describiera su profesión. Él se definía como mitad alquimista, mitad charlatán de feria y mitad genio chiflado («sí, tres mitades, Adra, ¿qué pasa? Contengo multitudes»). Si alguien podía saber qué le ocurría a Gale y cómo ayudarlo, era él.

Jezek se sentó junto a Gale y le subió ambos párpados, primero uno y después el otro. Luego examinó la herida.

—Necesito tiempo y calma para echarle un vistazo —dijo—. Aquí hay demasiada gente y demasiados perros. ¿Os importaría salir un rato? —Dudó unos segundos, como si repasara mentalmente lo que acababa de decir. Soltó un gruñido—. Qué leches: da igual si os importa o no. Os quiero fuera a todos.

Se volvió hacia Décima.

—Tráeme un té, cariño. O algo de esa mierda que tú llamas té.

—No me queda, te lo has bebido todo. Y no tendré más hasta que vuelva la semana que viene de Misericordia.

—Entonces que te den.

—Que te den a ti dos veces.

Jezek soltó un resoplido por la nariz, entre carcajada y bufido, y un moco oscuro cayó por una de sus fosas nasales. Se lo limpió con el dorso del antebrazo. Luego miró a Gale con una fijación concentrada, casi enfermiza. Adra conocía ese estado, conocía ese humor: era momento de dejarlo a solas. Hizo una señal a Décima y a Angie para que la siguieran.

Le costó trabajo convencer a Winston. En ese momento, su obsesión era acercarse a Gale, y Adra lo arrastró como pudo hasta el pasillo; el galgo gimoteaba con cada uno de sus tirones. Angie abandonó la seguridad de su esquina y cruzó el cuarto sin dejar de mirar a Jezek. Cojeaba al andar.

—¿Tú también necesitas que te reparen, guapo? —le preguntó Décima, una vez

fuera.

Angie negó con la cabeza.

—Se pasará solo —dijo—. Solo necesito descansar. —Y acto seguido añadió—: Soy más fuerte de lo que parezco.

—Pues parece bastante fuerte —dijo Décima y le sonrió. Lo tomó por los hombros con delicadeza y lo guio hacia las escaleras que conducían a su piso.

Adra se preguntó qué podría hacer con Angie. Aunque se hizo daño al huir de los errantes, el chico araña cargó con Gale durante todo el trayecto hasta Testamento. No solo era más fuerte de lo que parecía, pensó, también más valiente. La había visto convertida en monstruo; la había visto destrozar a Gale; la había visto resucitarlo. Y seguía allí. No había huido, como habría hecho cualquier otro en su lugar. Adra lo recordó tirado en el suelo, enredado en sí mismo, con los ojos desorbitados, mientras ella le devolvía la vida a Gale por segunda vez. Se recordó a sí misma, recordó como jadeaba, sin aliento, con el brazo izquierdo en carne viva.

—Esto es lo que soy —le dijo en ese momento, en ese lugar, con las manos manchadas con la sangre de Gale y la suya propia—. Esto es lo que hago. Soy una contaminada, como tú. Me transformo cuando pierdo el control. Y soy capaz de resucitar a cualquiera solo con tocarlo con la mano izquierda... —Se detuvo, consciente de que Angie ni escuchaba ni entendía, ofuscado por completo.

Intentó regresar al presente, concentrarse en lo inmediato. Otra vez tuvo la puerta de Décima delante, mucho más elegante que la suya; esta se abría con una llave, nada de golpes. Winston de pronto tomó conciencia de la presencia de otra de sus personas favoritas y saludó a Décima con entusiasmo: se acercó a ella y la golpeó con la cabeza, en busca de atención. Ella rio.

—Para, Winston, que no puedo abrir la puerta. ¡Para o no te daré galletas!

El galgo pareció decidir que eso era importante y dejó que Décima abriera. Centró su atención en Angie. Se acercó a él; cabeceó despacio, lo midió con tiento. Winston parecía confuso: tal vez no entendía bien cómo podía un humano tener tantas patas. Décima hizo un gesto para que pasaran, pero Angie no se movió de su sitio, amedrentado por el interés de Winston.

—Es un amigo, no te lo comas —le dijo Adra al perro. Se dejó caer en el sillón favorito de Décima. Era una butaca enorme, con un marco impresionante de madera tallada. Querubines y serpientes danzaban alrededor del tapizado de terciopelo.

Angie permaneció inmóvil en la puerta, como si temiera que un movimiento brusco pudiera soliviantar al perro.

—Entra y cierra, que no te va a hacer daño —le dijo Décima—. Como mucho te llenará de babas. —Se sentó en el otro sofá de la estancia, un dos piezas adyacente al de Adra, y cruzó las piernas—. Ven, anda, siéntate conmigo. —Palmeó el asiento vacío a su lado.

Angie esbozó una sonrisa mínima y se aproximó despacio, mirando de reojo al perro. Adra sacudió la cabeza. Con apenas dos frases amables, Décima había

conseguido más con aquel muchacho que ella en las últimas horas. El chico araña se acomodó como pudo junto a Décima. Winston dudó, buscando con la mirada las galletas prometidas. Decepcionado, se subió de un salto al sillón de Adra y se hizo un hueco a su lado.

—Ya estamos cómodos —dijo Décima—: Y ahora cuéntamelo todo, Adrastea. — La miró con expresión severa—. ¿Qué está pasando? ¿Quién es ese chico y por qué es tan importante? Si no me equivoco, ayer no lo conocías de nada. Y tú no eres de cogerle cariño a extraños. —Se detuvo un momento, pensativa, y añadió—: Ni siquiera a tus amigos.

Adra se recostó en el sillón y se permitió un instante de comodidad antes de tener que enfrentarse a su vecina. No sabía por dónde empezar, así que decidió hacerlo por el principio.

Habló deprisa, deseosa de pasar el trámite cuanto antes.

Le habló del segador, del cruzado resucitado, del búnker y la carnicería que encontró allí, de la primera resurrección de Gale. Le habló del Chacal. Angie la contemplaba fascinado, con la boca entreabierta. Hasta Winston parecía hipnotizado por sus palabras y levantaba unos milímetros las orejas cada vez que escuchaba su nombre en el relato.

Cuando narró la visión que la había asaltado al entrar en la prisión del Chacal, Décima la interrumpió:

—¿Me estás diciendo que crees que esa visión era cierta? ¿Que el chico que está en tu cama será una especie de héroe en el futuro, que va a acabar con los leviatanes o algo así? —Arrugó la frente, escéptica.

—Sé lo que vi —dijo Adra, molesta por el tono incrédulo. Estaba agotada y lo último que buscaba era discutir—. No sé lo que puede hacer Gale o no. No sé en qué lo han convertido los tarados del Baluarte. Pero sé lo que vi. Y estoy convencida de que va a suceder tal y como lo vi.

—Porque la garra es la misma —dijo Décima, ahora en un tono más conciliador—. Pero es un sinsentido, entiéndelo. ¿No has pensado que podría ser una casualidad? Viste una garra en tu visión y luego le ha salido una a él. Tal vez ni siquiera es la misma garra.

—No es solo eso —dijo Adra. Winston se hizo un ovillo gigante sobre ella, lleno de ángulos incómodos. Adra tuvo que hacer un esfuerzo para asomar la cabeza tras él y poder continuar la conversación—. Las criaturas que son como el Chacal tienen ese efecto en los seres humanos, les provocan visiones del presente, el pasado y el futuro... Es... como si vivieran toda su existencia al mismo tiempo y, en ocasiones, nos arrastraran a nosotros con ellos.

—¿Y cómo sabes tú todo eso? ¿De pronto te has vuelto experta en aberraciones?

—Él me lo contó —anunció—. El primado. —Y luego casi sin querer, se encontró añadiendo—: Y me dijo dónde encontrar a Absalón.

CUATRO

El Chacal ardía.

Los pedazos de carne y hueso que lo orbitaban aceleraron su movimiento. Dejaban un rastro de llamas rápidas alrededor de la cabeza descomunal y deshecha de la bestia, que se retorció entre los correajes y cadenas que la mantenían presa. Adra retrocedió un paso en el andamio, justo cuando se derrumbaba. Cayó a plomo, entre corrientes de aire incendiadas.

Se aferró a la baranda para intentar frenar el golpe, pero el impacto contra el suelo la dejó sin respiración. Tomó una gran bocanada de aire caliente, tosió y se rehízo con esfuerzo. Se escuchó un alarido bajo, un grito amortiguado por el bozal; luego todo estalló, o pareció hacerlo. Las paredes temblaron, el mundo vibró al compás del sufrimiento del monstruo encadenado. El olor sofocante de la carroña quemada ascendió por la nariz de Adra y la boca se le llenó del sabor de la ceniza.

Tras el caos llegó la calma. La gran cabeza se consumía, ahora en silencio. Adra examinó su entorno. El ojo del monstruo rodaba por el suelo. Casi parecía un insecto que se daba a la fuga, arrastrando zarcillos de nervios ópticos. Los estertores del Chacal eran sacudidas de un color negro grasiento incrustadas en el fuego. Adra se incorporó e intentó ignorar las quejas que llegaban de todo su cuerpo.

Vio al primado.

Parte del andamiaje había aplastado a Bautista. Un marco se había desprendido al caer y el extremo de una barra, roto y afilado, atravesaba su vientre. Resoplaba sangre, con la mirada fija en el Chacal; el resplandor del fuego confería al primado el aspecto de un demonio a las puertas de la muerte. Aunque agonizara, Adra sabía muy bien que un demonio seguía siendo un demonio. Vio su lanzaensalmos, que había caído a apenas unos metros, y lo recuperó. Se aproximó a Bautista, que seguía concentrado en el final de su enemigo.

—Arde, monstruo, arde... —le escuchó decir. Solo miró a Adra cuando la tuvo prácticamente encima, encañonándolo con el lanzaensalmos.

Bautista hizo algo inesperado: la llamó por su nombre.

—Adra... Eres Adra. Te conozco, acabo de verte. —Escupió un cuajarón de sangre. El tatuaje de la cruz en su cara pulsaba, como un parásito que le devorase el rostro—. Tanto, tanto frío... Me manejaba como un títere, como a un pelele; mi lengua era mía y el delirio también, pero todo lo demás le pertenecía a él. Me has salvado, niña, a pesar de todo me has salvado.

—¿De qué estás hablando? —dijo Adra. Como si su condición de cruzado no fuera suficiente, encima aquel *niña*... Debía matarlo. Debía matarlo ahí mismo.

—Creíamos que podríamos controlarlo. —Bautista se llevó las manos a la barra que lo atravesaba. Adra no entendía cómo podía seguir hablando—. Que sería igual que con los otros. Pero esta cosa es diferente... Demasiado... poder, demasiada furia para manejar...

Adra se acercó aún más, sin dejar de apuntarle. Le temblaban las manos y el arma se movía con ellas. «Calma, Adra, calma. No liberes al monstruo. No aquí».

—No tienes nada que temer de mí —murmuró el primado—. Lo único que siento hacia ti es... agradecimiento, lo juro... por lo más sagrado. Sin ti ese engendro me habría consumido. Sin ti mi alma no sería más que... —Tosió y escupió de nuevo. Su coraza estaba manchada de sangre—. Herrumbre.

—¿Para qué lo queráis? ¿Para qué buscabais a esa cosa?

—Para usarla en nuestro beneficio. —Bautista intentó sonreír. La sangre fluyó por las comisuras de sus labios y convirtió su amago de sonrisa en una mueca desesperada—. Pocos saben cuál es nuestro cometido real. Pocos saben cuál es nuestra labor ingrata, lo que hacemos, lo que tendremos que hacer por el bien de la humanidad. Pocos saben el peso que cargamos sobre nuestros hombros, la carga que nos quiebra la espalda. Solo unos cuantos, solo los primados y la Cruz Interior conocen la verdad. El resto... ah, el resto no lo entendería. Hay esperanza, Adra. Hay esperanza... El mundo se derrumba pero todavía... hay esperanza. Salvaremos a la especie humana, aunque nos condenemos en el proceso.

Guardó silencio, inmóvil, agarrado a la barra, con los ojos cerrados. Adra temió que hubiera muerto, que no le quedara más remedio que traerlo de vuelta para seguir escuchando sus delirios. Pero Bautista regresó con un parpadeo incrédulo, como si él mismo se sorprendiera de seguir con vida. Habló rápido, apenas en un susurro:

—Los que son... como él. Traen conocimiento. Pasado, presente y futuro se entremezclan, todo lo que han visto, todo lo que verán está en su esencia. Es... su naturaleza. Y puedes aprovecharte de ello si sabes cómo. Nos sirven de oráculos y de... —Hizo un esfuerzo por mirar a Adra. Lloraba. Tal vez de dolor, tal vez de angustia por la muerte que se le echaba encima, tal vez de alegría por una pronta liberación—. Dime, ¿qué te ha mostrado el demonio? ¿Has visto algo? ¿Has tenido alguna visión mientras... te enfrentabas a él?

Adra no contestó. Su arma seguía temblando.

—Sea lo que sea lo que hayas visto es real —afirmó Bautista—. Sea lo que sea lo que te ha mostrado la bestia, es real. O lo será. Es así. Dicen la verdad. Aunque no les guste hacerlo y a nosotros, a veces, no nos guste oírla.

Sollozaba.

—¿Real? Lo que vi fue algo extraño, imposible, lo que vi fue... —Miró al primado. Tragó saliva antes de hablar—: El cadáver de uno de los grandes monstruos. No uno de los leviatanes, pero uno de los grandes. El Chacal estaba ahí. Y un hombre

que conducía un ejército victorioso.

—La espada y la garra —murmuró el primado y asintió despacio. Como si aquello lo explicara todo—. Adra... Duele demasiado —dijo entonces—. Hazme un último favor. Libérame del peso de la carne, para que mi espíritu alcance la gloria. Mi dios me llama.

«No tendrás esa suerte», pensó Adra. No todavía, al menos.

—Te he contado lo que vi. ¿Qué viste tú? Dices que yo estaba en tu visión.

—No quieres saberlo. La verdad será la última de nuestras cadenas. Te conozco, niña. Sé quién eres. Te he visto... Te he visto. Y lo he visto a él. Al hombre del que me hablas: Gale... —Se retorció en el suelo. El dolor debía de ser insufrible—. Busca a Absalón. Él te mostrará el camino.

—¿Absalón? —El lanzaensalmos casi se le escurrió de entre las manos, pero consiguió sujetarlo a tiempo.

—Si quieres la verdad, con él la tendrás —dijo—. Está en Malparaíso, en un poblado al sur del bastión Rojo. Ya no es un cruzado. Los demonios lo hirieron y apenas escapó con vida. Os espera. Lleva tiempo esperándoos.

.....

—Qué puta locura —dijo Décima cuando Adra acabó de hablar—. Qué puta locura —repitió, como si quisiera recalcar muy bien ese punto. Luego se levantó del sofá—. Necesito un trago. Y Angie también.

Desapareció tras el cortinaje de seda y reapareció al cabo de un momento con tres copas de cristal, agarradas por la base, y un decantador de cristal tallado. De cuerpo ancho y cuello estrecho, estaba lleno del mismo licor ámbar con el que Adra la había encontrado apenas dos horas atrás.

Décima llenó las copas y le ofreció una. Adra consiguió quitarse parte de Winston de encima, lo suficiente para aceptarla. Sus ojos se encontraron con los de Décima y desvió la mirada, incómoda.

—Ni se te ocurra decirle a Jezek que tengo de esto —dijo su vecina—. No me iba a durar ni medio día. Que siga bebiendo esa cosa repugnante que destila él mismo.

Décima le tendió una copa a Angie, quien olisqueó el contenido. No parecía tenerlas todas consigo.

—Te sentará bien, no te preocupes. No tengo por costumbre drogar a mis invitados. A menos que me lo pidan.

Angie bebió y se le iluminaron los ojos. Décima le sonrió.

Adra dio un sorbo probatorio. Era delicioso; sabía a miel, a uvas y a primavera en un mundo mejor. Se relamió y dio un trago más largo. Acarició a Winston, recorrió sus costillas con los dedos: este, tranquilo, volvió a sumirse en sus sueños de perro. Apuró la copa de un trago y Décima se la volvió a llenar.

—¿Qué opinas? —le preguntó Adra.

—¿Sobre la vida en general, algo en particular o sobre la sarta de necesidades que me has contado? —Décima se desenredó con los dedos un par de mechones largos y espesos. No tenía aspecto de haber dormido mucho, pero Adra sospechaba que su noche había sido mucho más divertida que la suya—. Cuesta encontrar algo que me sorprenda. He visto mucha mierda y he aprendido a reconocerla en cuanto la tengo cerca. Y todo lo que me has contado me parece mierda de la gorda.

—¿Crees que es una trampa?

—No lo sé, pero huele a podrido. De eso estoy segura. Nada tiene pies ni cabeza.

—No sé qué pensar, yo... —El agotamiento la derrotaba. ¿Cuánto tiempo llevaba sin dormir?—. Lo que tengo claro es que necesito comprobar si lo que me ha dicho sobre Absalón es cierto. ¿Cuándo tienes programado tu siguiente viaje a Malparaíso?

—No tengo previsto acercarme allí en un futuro próximo. Ahora mismo la ruta con Misericordia es la que me está resultando más lucrativa. Tendrás que buscar a otra idiota que te lleve hasta allí.

Adra asintió. Entendía su resentimiento. Y habría sido mala idea compartir viaje con ella, con esa habilidad especial para sacarla de quicio. Se llevó las manos a la cabeza. Sus sienes latían. Escuchó la voz de Décima, pero la oyó de forma lejana, como si llegara de muy lejos, de lo profundo. Se llevó la mano a la oreja. La herida se había vuelto a abrir. Sus dedos relucían, ensangrentados. Pensó en el oído destrozado de la propia Décima. Nunca le había contado cómo ocurrió. Solo sabía que llevaba un parásito en el canal auditivo que le permitía oír con normalidad. Se estremeció al pensarlo: una criatura viva que se alimentaba de tu sangre, con diminutos zarcillos que se introducían en tu cuerpo e imitaban el órgano que habías perdido, con la esperanza de que no te dieras cuenta de que estaban allí. La gracia estaba en que imitaban tan bien un oído humano que funcionaban igual que uno de verdad.

Décima interrumpió sus pensamientos.

—Vas a ponerme perdido el sofá. Eso luego no hay quien lo lave. Ven conmigo, te curaré en el baño.

—No hace falta —dijo.

—No lo hago por ti —le aseguró Décima—, lo hago por mi sillón.

Para fastidio de Winston, Adra se levantó y siguió a su vecina tras el cortinaje. El recibidor tenía una puerta a cada lado: dormitorio y baño. La puerta del dormitorio estaba abierta y Adra procuró no fijarse en la cama, enorme y revuelta, que ocupaba buena parte de la habitación. Entró en el baño. Sabía que era el orgullo de Décima, y con razón; no tenía nada que ver con las letrinas asquerosas de las que disfrutaba el resto de Testamento. Había una bañera enorme, de loza blanca, que había transportado desde Afrenta. Todo allí estaba limpio, reluciente, tan limpio que Adra se sintió, como siempre, fuera de lugar.

Décima sacó unas vendas y un bote de ungüento del armarito sobre el lavabo y el depósito de agua secundario. Adra se quedó en pie, con la vista fija en el espejo, sin reconocerse. Décima le apartó el pelo y comenzó a limpiar la herida. Ella tomó aire;

le resultaba insoportable su presencia, el olor tan familiar, la cercanía peligrosa. Intentó ignorar las pequeñas punzadas de dolor que provenían de su oreja.

—No sé qué hacer con esto —dijo Décima, resignada—. Le he puesto un poco de crema desinfectante, pero no sé si vendarlo. Puede que no sea mala idea dejarlo al descubierto, deberías preguntarle a Jezek si...

—Déjalo —dijo Adra, casi enfadada—. De verdad, déjalo.

—Tal vez si...

—Te he dicho que lo dejes, Décima —se quejó, cada vez más irritada.

Décima se detuvo. La agarró de la barbilla y la obligó a mirarla.

—Me tienes harta, Adrastea.

Y Adra no pudo resistirlo más. Se irguió y la besó con fuerza, con ira, con el resentimiento que llevaba acumulado desde que se había marchado de Testamento para la última caza, aquella que había desembocado en Angie, en Gale y en mil cosas más. Décima respondió de inmediato, con la misma furia, con la misma rabia, como solo se puede besar a las puertas del fin del mundo. Adra sabía que solo era el principio. El deseo la envolvió; agarró el cabello de Décima para acercarla más, para devorarla. Comenzó a recorrer su cuello, a morderlo. Notó la energía, el poder que la impulsaba, muy similar al que había sentido en su enfrentamiento con el Chacal. De lejos, escuchó un gruñido extraño, animal. Tardó en darse cuenta de que provenía de su garganta.

La mano de Décima se deslizó bajo su camisola y se cerró sobre un pecho, tan pequeño que casi no estaba allí. Adra gimió de nuevo y se asustó de ese sonido, de su vulnerabilidad. Su propia necesidad la horrorizaba.

—No, no... déjalo, déjalo —dijo y se apartó. En dos pasos acelerados, Adra abandonó el cuarto de baño y quedó frente a la cama revuelta. Cerró los ojos para no verla.

—Solo intento ayudarte —dijo Décima.

—Lo sé. —La vergüenza, la ira y el deseo se mezclaban en ella, formaban algo espantoso que apenas podía soportar.

—Tienes miedo —dijo Décima, afligida—. Tienes miedo a dejarte llevar, miedo a perder el control. Tienes miedo a todo. Y esa no es manera de vivir. Acabarás destruyéndote.

—¿Y cuál es la alternativa? —preguntó ella. Se encaró a Décima—. Has visto de lo que soy capaz. Has visto lo que le hice a ese chico. Podrías ser tú. Podría ser Winston... ¡Podría ser cualquiera!

—¿Crees que no podría detenerte? —Décima rio, pero era una risa triste.

Adra se abrazó, como si quisiera poner una barrera más entre su vecina y ella.

—No, no podrías. —Negó con la cabeza—. Pero no es solo eso, te equivocas si lo crees. Yo... yo... —Cerró los puños—. No soy como tú, Décima. No puedo fingir que entre nosotras no hay deudas pendientes, que no te debo nada ni...

—¿Otra vez estás con eso? —Décima bufó—. ¿Qué te detiene entonces: tu miedo

a hacerme daño o tu miedo a que algún día exija algún pago por salvarte la vida?

Adra la miró con odio. Esto. Esto era lo que temía. La capacidad de Décima de dar donde más dolía, de desvelar verdades horribles sobre sí misma que intentaba llevar siempre ocultas. Solo ella tenía ese poder y por eso siempre la temería más que a cualquier enemigo.

Quedaron cara a cara; cerca, demasiado cerca. Adra intentaba contener su enfado. Pero en el rostro de Décima solo había pena, una pena inmensa. Y eso lo hacía aún peor.

—Vete a la mierda, Décima.

Cuando salía de la habitación, oyó su voz de nuevo, derrotada.

—¿Crees que me importan todas esas chicas? Busco a las que más se parecen a ti. Un gesto, un lunar, un rostro... A veces hago que se pongan el colgante. Cualquier cosa para fingir que es contigo con quien...

Adra no escuchó el resto. Con el corazón en pedazos, atravesó el cortinaje de brocado y huyó.

CINCO

Adra aseguraba que una de las claves de su supervivencia era conocer siempre su siguiente paso. Ahora se sentía perdida, clavada en el pasillo, sin saber muy bien qué hacer ni dónde ir. La puerta a su espalda se abrió y ella se giró, con la esperanza insensata de que apareciera Décima con alguna frase mágica que lo resolviera todo. Pero era Angie. Winston se escabulló y fue con ella. El chico araña la contempló desde el umbral, entre afligido e interrogante.

—Necesito despejarme —dijo Adra—. Vuelve dentro.

—¿Estás bien? —le preguntó Angie. Era la primera vez que la miraba desde que había pasado lo de Gale o, por lo menos, la primera vez que la miraba a ella directamente, y no a la esquina, a algún mueble o a las telarañas del techo.

—Estoy bien. En serio, vuelve dentro.

Angie pareció reflexionar unos segundos, como si se le planteara una decisión compleja, y luego desapareció dentro de las habitaciones de Décima. Adra palmeó el lomo del galgo, algo decepcionada. Era absurdo, pensó. Décima nunca saldría a buscarla y, aunque lo hiciera, ¿qué conseguirían?

Echó a andar. Winston corrió veloz en dirección a la buhardilla, en dirección a Gale, pero no le quedó más remedio que retroceder cuando vio que Adra tomaba dirección contraria y bajaba las escaleras.

A medio tramo, se sentó en un escalón. El aire enrarecido del edificio olía a moho. Adra suspiró, irritada. Implicar a Décima había sido un error, un error que cometía una y otra vez. Dejó caer la cabeza y la hundió entre sus brazos. Se estremeció: todavía la olía en su piel. Se frotó la boca con el dorso de la mano, como si quisiera librarse de su sabor, como si eso fuera posible.

«¿Y qué puedes reprocharle —se preguntó—, si cada vez que se acerca, tú buscas una excusa para empezar una pelea?». Era mejor mantenerla alejada. Alejada estaría a salvo.

Recordó la manera en que se conocieron, en que comenzaron su danza grotesca. Sus caminos empezaron a cruzarse cinco años atrás, poco después de la masacre en el pueblo. Por aquel entonces, Adra apenas conocía a sus vecinos. Jezek solo era su casero; Décima solo era una mujer imponente con la que se cruzaba en las escaleras, con la que fantaseaba a veces. Pero fue ella la que encontró a Adra aquella mañana en la buhardilla, adormecida; aquella mañana en la que Adra intentó poner fin a todo. Fue Winston el que la avisó, quien arañó en la puerta de Décima hasta que salió. Y

fue su vecina la que la agarró del pelo y le metió los dedos por la garganta para que vomitara. Así que le debía la vida, una vida a la que, en aquellos momentos, tampoco le tenía mucho aprecio. No era una deuda agradable de llevar auestas.

Estaba demasiado cansada para mantenerse lúcida. Respiró despacio, en secuencias, con una mano en el abdomen y otra, lánguida, en el muslo. Notó el hocico húmedo de Winston contra el cuello y sonrió. Se dejó mecer por los sonidos que llegaban a la escalera: voces lejanas de la calle, alguien que cantaba, el quejido del viento contra los postigos de las ventanas... Cedió al sueño y dejó de ser.

Volvió en sí de repente. Alguien la llamaba. Miró en dirección a la voz, aturdida. Angie asomaba por el hueco de la escalera.

—Jezek quiere hablar contigo —dijo. Y como si fuera necesario, apuntó—: Es sobre Gale.

Adra se incorporó despacio y arrastró sus pies doloridos de peldaño en peldaño. No sabía cuánto tiempo había dormido, pero no se sentía descansada: seguía entumecida, agarrotada. Podría trazar una constelación entre los distintos dolores de su cuerpo; deseó su cama y deseó, sobre todo, la cama grande y cómoda de Décima: dormir abrazada a ella como aquella vez tras lo de la buhardilla, cuando Décima le canturreó como si fuera una niña.

Sintió un ramalazo de culpabilidad al pasar junto a la puerta de su vecina, pero no se detuvo. Tomó la escalera estrecha que llevaba a la buhardilla y Winston se le adelantó, emocionado por ver a Gale de nuevo.

Dentro, Jezek se lavaba las manos en una palangana. Gale seguía inconsciente, en aquel desmayo extraño en que se había sumido desde su segunda resurrección. De nuevo, Adra sujetó al galgo como pudo para evitar que se abalanzara sobre la cama.

—¿Puedes hacer algo por él? —le preguntó a su casero.

—Cavarle una tumba —dijo—. O puedes jugártela, esperar a que muera y traerlo de vuelta otra vez. Será divertido ver lo que pasa ahora.

El abatimiento aplastó a Adra. Albergaba esperanzas de que Jezek pudiera salvarlo: era un experto en obrar milagros, al menos eso decía siempre. Winston escapó de su presa y subió al colchón de un salto.

—¿Quién es ese muchacho? —le preguntó Jezek.

—Ya te lo he contado todo —dijo ella.

Observaron a Winston. El perro olfateó a Gale con entusiasmo y le babeó la cara de un solo lametazo largo; luego procedió a tumbarse a su lado.

—Me has contado que lo encontraste en un búnker regentado por una organización siniestra de nombre estúpido. Es un contaminado. ¿Pero qué es capaz de hacer? ¿Lo sabes? Quizá su poder ha interferido con el tuyo, no lo sé...

—No tengo ni idea —dijo—. En algunas celdas había información sobre las habilidades de los prisioneros y las precauciones a seguir, pero en la sección en la que encontré a Gale no había nada de nada. De todas formas, tiene que ser importante: se cambió de mono para que no reconocieran su número. En su momento no le presté

mucha atención, pero cuanto más lo pienso... —Adra no terminó la frase. Incrédula, vio que Winston ya roncaba, con una pata protectora extendida sobre la cadera de Gale.

El agua de la palangana ahora era roja. Jezek terminó de lavarse, suspiró y se aproximó a la cama.

—Ven, Adra, quiero que veas esto.

Señaló la herida que partía el pecho de Gale.

—Se está cerrando —dijo—. El chico tiene algún tipo de factor regenerativo que hace que las heridas se curen, aunque no a la velocidad suficiente como para recuperarse de heridas graves. Aun así, lo que está acabando con él es otra cosa. Creo que es tu poder lo que lo está matando. Su sistema no puede lidiar al mismo tiempo con el destrozo que le has hecho y la magia que lo quiere convertir en monstruo. Es como si todo su ser peleara contra esa transformación. —La miró con su mirada asimétrica: un ojo enorme, el otro asomado a la telaraña de cristal roto—. Puedo equivocarme, pero sospecho que no ando descaminado.

—Entonces va a morir. —Adra escuchó su voz y no la reconoció: estaba quebrada, asustada. No entendía por qué la idea de no volver a ver a Gale se le antojaba tan terrible.

—Hay una posibilidad de que sobreviva, pero no va a gustarte.

—¿Y por qué no has empezado por ahí? —gruñó Adra—. Has dicho que no había nada que hacer.

—Te he contado lo que yo puedo hacer por él —dijo Jezek—: enterrarlo. Pero hay alguien que sí puede ayudar. Su sistema se ha vuelto loco. Si restañamos la herida, si lo libramos de ella, puede que sea capaz de frenar la transformación.

—¿Y qué sugieres que...? —Guardó silencio. ¿Una solución que no iba a gustarle? Conocía la respuesta—: El duque.

—El duque —confirmó él.

Adra estuvo a punto de echarse a reír.

.....

Mientras atravesaba por segunda vez las calles de Testamento, se preguntó si estaba en sus cabales. La locura era la única explicación posible. En menos de un día había pedido ayuda a Décima y ahora se dirigía a pedírsela al duque Rocal.

Sin duda: la locura era la única explicación, o eso pensó a la altura del mercado.

A estas horas era ya un hervidero de gente, que aprovechaba que el día era un poco menos gris de lo habitual. Esquivó los saludos, las preguntas; tuvo suerte de evitar a la pandilla de Cola de Rata y enfiló hacia la espina ducal. Echó en falta a Winston, pero apartarlo de Gale fue imposible: recibió una mirada de desdén y unas zarpas que se afianzaban en la colcha. Adra miró hacia la espina de Desembarco y Mordisco, la nave de Décima. Según Bautista, Absalón esperaba en Malparaíso. Los

esperaba, había dicho, tanto a Gale como a ella. Pero para llegar hasta Absalón, Gale debía sobrevivir. Y si lo conseguía, ¿cómo podrían llegar hasta allí? Había otras naves, sí, pero sería complicado dar con alguna que volara hasta el bastión Rojo: el trayecto era peligroso y los viajes, escasos. Solo había un par de bajeles tan seguros como la Mordisco, pero contratar sus servicios estaba fuera de su alcance.

Justo cuando apartaba la mirada fue consciente de algo que había pasado por alto. Allí, tras Nadissa, la nave oficial de Testamento, había una isla flotante, pequeña y verdosa, muy parecida a la isla de Baluarte que se llevó consigo los restos de la cabeza del Chacal y los contaminados del búnker. Podría ser pura casualidad, pero Adra notó cierta inquietud en el estómago. Apretó el paso y se dirigió al palacio del duque.

La construcción no dejaba de impresionar: estaba excavada en hueso, en la parte baja de la gran espina que se elevaba en el corazón de la ciudad. Rebosaba vida de sol a sol. Era un hervidero de comerciantes, funcionarios y ciudadanos de Testamento que visitaban la biblioteca y las salas de exposición: aquel lugar, además de centro neurálgico del bastión, era un museo donde se conservaban muestras del pasado de la humanidad. El palacio era, ante todo, un edificio práctico. Su exterior carecía de adornos y ostentación; la puerta principal era poco más que un tablón grande de madera que se abría en dos batientes, y casi todas las ventanas eran hendiduras verticales y estrechas en el hueso, pensadas para la defensa.

Dos hombres custodiaban la entrada, identificados como miembros de la guardia del duque por su uniforme negro, sobrio, y la enseña de latón en el pecho. Reconocieron a Adra y le permitieron el paso. Su labor era de mera vigilancia: cualquiera tenía derecho a acceder al palacio. El duque aseguraba que las puertas de su despacho siempre estaban abiertas a sus vecinos, para cualquier queja o petición. A efectos prácticos, no eran muchos los que lo visitaban. El duque, en realidad, era muy celoso de su tiempo y ponía todos los impedimentos que se le ocurrían para atender a sus conciudadanos. Para empezar, cualquier candidato debía vérselas con Alcibíades, su secretario, antes de conseguir cita con él.

Cuando Adra llegó, Alcibíades trabajaba sentado a la mesa de caoba rayada que hacía las veces de recepción. La vio aparecer y, agitado, se levantó y la interceptó con rapidez.

—El duque no puede atenderte ahora —susurró. Siempre hablaba en susurros. A veces costaba escucharlo—. Está ocupado.

—No importa, esperaré. Es importante.

Alcibíades la miró confuso, como si no entendiera por qué otros seres humanos decidían malgastar su tiempo en palacio. Regresó veloz a su mesa y se enfrascó en sus tareas. Para él, ella ya no existía.

Adra vagabundó por la gran estancia, mirando aquí y allá. En la entrada a su despacho, el duque exponía algunas piezas de su colección. El palacio entero era un museo, un templo a un mundo perdido. Todo Testamento lo era, de hecho. La galería

que conducía al despacho de Rocal estaba repleta de vitrinas donde se exponían, sobre todo, mapas, planos de ciudades antiguas y diversas reliquias de la vieja tecnología humana. Los mapas fascinaban a Adra. Podía contemplarlos durante horas. Se detuvo ante una vitrina donde se mostraban varias decenas de teléfonos móviles, todos en distinto estado de conservación. Por muy lleno de magia que estuviera su mundo, a Adra nada le parecía tan milagroso como una herramienta que permitía enviar mensajes al otro lado del mundo o acceder a toda la información de la humanidad desde la palma de una mano.

Se cansó de deambular y se sentó en una de las butacas de la galería. Era incómoda, tanto que sospechaba que el duque las elegía a conciencia para desanimar a sus visitantes. El tiempo era pesado, lento y, como para dejar constancia de ello, una de las paredes estaba cubierta por veinticuatro relojes, alineados en dos columnas; cada uno marcaba una hora diferente. Alcibíades escribía en un cuaderno de proporciones exageradas, sin mirarla. El susurro de su pluma y el tictac descompasado de los relojes era lo único que se escuchaba en la estancia.

La puerta se abrió al fin y Adra se levantó con pesadez. Dos personas abandonaron el despacho de Rocal. Una de ellas era un hombre delgado, de barba blanca, vestido de púrpura y gris. Parecía enfadado, caminaba tenso, con los puños apretados y la mirada endurecida. Adra se estremeció al reconocer a su acompañante.

Era uno de los gemelos del búnker. Pero eso era imposible: ambos habían caído víctimas del Chacal. Se lo quedó mirando, pasmada. No, no lo era. Era mayor, quizá un año, tal vez dos, pero era evidente que se trataba de un familiar de los gemelos, otro hermano tal vez. Recordó la isla flotante que acababa de ver amarrada a la espina de Desembarco. Baluarte estaba en Testamento. «¿Qué han venido a hacer aquí?», se preguntó. No podía apartar la vista del muchacho. Y él se dio cuenta: sus miradas se enfrentaron cuando pasaron a su lado. Adra disimuló y miró los relojes, sin saber muy bien el porqué. Era imposible que él supiera quién era.

—¿Adra?

Sobresaltada, se giró hacia la voz. Alcibíades sonreía junto a ella, con su gesto inseguro de siempre.

—El duque te espera.

SEIS

Entrar en el despacho del duque Rocal era como entrar en otro mundo, uno antiguo y olvidado. La habitación era enorme y alargada, cubierta de alfombras de diseños orgánicos, hipnóticos, que mareaban un poco si los mirabas demasiado tiempo. Del techo colgaban, en hilera, una docena de lámparas, todas exquisitas, dispuestas en armonía perfecta. En la pared derecha se exponían piezas de cerámica y pequeñas esculturas, colocadas en estantes, baldas y hornacinas que eran obras de arte en sí mismas. Varios cuadros cubrían la pared izquierda, retratos del pasado perdido que Testamento se esforzaba por mantener con vida: hombres ilustres a caballo, reyes dignos en sus tronos, escenas de caza... Al parecer, una de aquellas obras era de un artista prestigioso en su tiempo. Era un cuadro extraño, un caos ordenado de figuras angulosas y colores suaves. Siempre que lo veía, a Adra le parecía distinguir un barco surrealista a punto de zozobrar. Se llamaba *Tensión suave* y a ella le parecía un buen modo de describir su relación con el duque.

Rocal trabajaba sentado a la larga mesa curva del despacho. A su espalda, un mosaico de pantallas y monitores, alineados borde con borde, marco con marco, parecía a punto de abalanzarse sobre él. Había televisores antiguos, pantallas de plasma, de ordenador; todos de diferentes tamaños, todos en diferente grado de deterioro. El ventanal más grande —la mayor oquedad excavada en la espina— estaba allí, clavado en el centro de la conjunción de monitores, como si fuera una pantalla más; era una de las pocas ventanas de la ciudad que contaba con cristal (y era un cristal pulcro y reluciente, un cristal que Adra sabía que limpiaban a diario). A través de ella se veía el desorden abigarrado que era el barrio norte de Testamento, y, a lo lejos, la cúpula inmensa de carne del monstruo caído. El cielo era color cemento, con una línea de nubes en llamas; un sinfín de espantos negros las sobrevolaban en la distancia.

El duque la observaba de su manera habitual: con un interés ínfimo y cansado, como quien descubre una mancha nueva de humedad en el techo. Tenía las manos entrelazadas ante el rostro, pero solo cubrían en parte su gesto de hastío infinito. Aun así, Adra creyó ver algo nuevo, el eco de un movimiento enérgico o el rescoldo de una emoción pasada.

Rocal era delgado como un arañazo y vestía de negro impoluto. Su rostro era inquietante, simétrico; sus ojos, fríos, estaban situados a distancias equidistantes de su nariz angulosa, de su boca apenas delineada, de las orejas algo afiladas que

asomaban bajo el cabello corto y severo. Nadie conocía su edad y era difícil de adivinar. Muchos decían que era el hijo de Lock Rocal, quien fundó Testamento más de sesenta años atrás; otros, que él era el mismísimo fundador. Adra descartaba lo segundo: a pesar de su apariencia ambigua, era imposible que este Rocal fuera más viejo que la ciudad.

—Adra —dijo el duque. Su voz era indiferente, seca y aun así parecía dejar claro que su presencia era una molestia de la que necesitaba librarse de inmediato. Con un gesto desganado le indicó que se sentara en una de las dos butacas frente a la mesa.

—Duque —dijo ella y tomó asiento. Intentó usar el mismo tono desprovisto de sentimiento, sin éxito. Hacía falta mucha práctica y una garganta helada para conseguirlo—. Lamento abusar de tu tiempo, pero no me queda más remedio. Necesito ayuda.

—Y, como bien sabes, yo estoy aquí para ayudar en lo que pueda a todos mis conciudadanos. —Adra buscó ironía en sus palabras, pero no la encontró—. Dime qué necesitas y espero poder hacer algo por ti.

—Necesito esencia. La necesito con urgencia.

El duque valoró su petición en silencio.

—No es para ti, entiendo. Tampoco para el archet que te acompañaba esta mañana: él se tenía en pie, aunque renqueaba. Supongo que será para el joven que cargaba a sus espaldas. Parecía malherido, ¿me equivoco?

Adra no se sorprendió. El duque se preciaba de estar al tanto de todo lo que sucedía en su ciudad: era normal que estuviera al corriente de su llegada con Angie y Gale. No obstante, a veces sus habilidades de percepción y espionaje parecían ir más allá de lo posible.

—No, no te equivocas. Se muere y necesito salvarlo.

—Todos mueren —dijo el duque. Adra desvió la mirada de manera automática hacia el libro de cubierta negra que ocupaba la curva izquierda de su mesa. El duque apuntaba en ella el nombre de todos los fallecidos del bastión—. ¿Qué tiene él de especial? ¿Por qué debería salvarlo a él y no a Marguerite, la hija de Soan, que se muere de fiebre negra?

—¿Por qué no salvarlos a los dos? —preguntó Adra.

—Porque la esencia es escasa —contestó—. Lo sabes. Y Testamento la necesita para sobrevivir. Es nuestra moneda de cambio con otros bastiones, la que nos proporciona alimento, agua limpia y sortilegios. Si por mí fuera, la esencia estaría a libre disposición de todos, pero hacerlo nos condenaría. Tengo que pensar en el bien común, Adra, no en el bien particular. Así sobrevivimos.

No se lo iba a poner fácil. Rocal nunca lo hacía. Se había sumido en un silencio atento, interrogativo, sin dejar de mirarla. Los silencios del duque eran peligrosos, jugaba con ellos, era el lugar donde medraba. Aguardaba a que dijera qué ofrecía a cambio de la esencia, comprendió ella. Pero Adra no quería dar ese paso aún.

—¿Quiénes eran los hombres con los que estabas reunido? —preguntó—. Es la

primera vez que los veo en el bastión.

—No debes preocuparte por ellos —contestó Rocal.

—Parecían molestos cuando los vi pasar. Enfadados, creo. Espero que no sea grave.

—Nada que tenga que ver contigo; nada que tenga que ver con Testamento.

Volvió el silencio. «¿Qué relación tiene Rocal con Baluarte?», se preguntó Adra. ¿A qué habían acudido esos hombres? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Estarían buscándolos?

—Se llama Gale —dijo de pronto.

—¿Quién es Gale?

—Es el nombre del chico al que quiero salvar. Es mi amigo. No tengo muchos amigos. Lo digo para que lo apuntes en tu cuaderno. Junto al nombre de mi madre y de todo mi pueblo.

—No es propio de ti jugar esa carta, Adra. Y sabes que no sirve. No me siento culpable por lo que le sucedió a tu gente —afirmó, con el mismo tono distante—. La culpabilidad no mantendrá en marcha esta ciudad, ni la furia ni la rabia ni cualquier sentimentalismo barato. Solo la eficiencia. Seamos eficientes, Adra, no nos hagamos perder el tiempo.

»Afrontemos esto desde la perspectiva de los negocios. Quieres algo que yo poseo. Algo de un valor considerable. ¿Qué tienes tú que pueda igualar o superar ese valor?

—Me conoces, duque. Sabes que no tengo nada.

—Te subestimas. Eres muy consciente de lo que puedes ofrecerme.

Adra gruñó. Era inevitable. Lo había sabido desde que Jezek había insinuado que acudir a Rocal era el único modo de salvar a Gale. Se removió en el asiento, incómoda.

—¿No podría ofrecerte mi cuerpo, mi vida, un ojo o algo así? —preguntó con sarcasmo.

—Nada de eso me sirve.

Adra se preguntó si el duque tendría sangre en las venas. ¿Habría tenido una erección alguna vez? Tal vez se le ponía tiesa cuando hacía cuentas con esa vieja calculadora solar que tenía o cuando intentaba cuadrar los presupuestos de la ciudad.

—Quieres mis servicios.

El duque asintió.

—Eres la mejor cazadora de Testamento. Y la mejor exploradora.

Adra lo miró con los ojos entrecerrados.

—No es un halago, es la realidad. Y has hecho mucho por este bastión, lo reconozco. Pero siempre te has negado a trabajar directamente para mí. Me gustaría que recapacitaras. Me gustaría contar contigo. A cambio te daré lo que me pides.

Ese era el precio. Su libertad. Trabajar para Rocal. A pesar de las dificultades, hasta ahora había conseguido evitarlo. Contribuía en lo que podía a Testamento y

pagaba de manera puntual los impuestos que el duque exigía por residir en una plaza segura, pero nunca había querido dar el paso que la convertiría en una asalariada más a sus órdenes. Sabía lo que significaba conservar su independencia.

—No puedo aceptarlo —dijo.

Como respuesta, el duque hizo algo inesperado. Abrió uno de los cajones de la mesa y extrajo una redoma repleta de una crema morada. Esencia.

La puso en la mesa, entre ambos. Adra sabía que el duque custodiaba la esencia en un recinto especial del palacio. Que tuviera allí una redoma le hizo preguntarse si Rocal ya esperaba su visita.

—Eres terca, Adra. —Si se hubiera atrevido a decir que era tan terca como su madre, se habría levantado al momento de la mesa. Pero Rocal calculaba muy bien los límites de sus acciones—. Hoy es un día fuera de lo normal, un día de esos en los que me gustaría tener claro quiénes están de parte de la ciudad y quiénes están contra ella. A veces es difícil hacer distinciones y por eso es tan tentador tratar a todos como si buscaran su ruina. —Colocó un dedo sobre la redoma y la empujó hacia Adra—. Puedes llevártelo si aceptas una única condición: me deberás un favor que me cobraré en el futuro, una petición a la que no podrás negarte. Por supuesto, no será nada que exceda tus capacidades.

Adra suspiró. Un sometimiento parcial, eso le ofrecía el duque. No le quedaba otro remedio que aceptar y él lo sabía. Hasta ahora, toda la conversación había sido un regateo donde ella llevaba las de perder. Pero no pensaba dejar que el duque tuviera la última palabra:

—Otra cosa más —dijo Adra—. Un añadido, una cláusula de esas que tanto te gustan. Acepto con una condición: que salves también a Marguerite.

Las comisuras de los labios del duque temblaron. Adra tardó un instante en darse cuenta de que Rocal estaba sonriendo.

.....

Las manos de Jezek brillaban, bañadas en crema violácea. Colocó las palmas en la herida abierta y comenzó a frotar con delicadeza. Luego pasó al cuello, en movimientos lentos y circulares. Dedicó un buen rato a la tarea y Adra pensó que era más rito que obligación: había visto los efectos de la esencia y sabía que tanto cuidado, en realidad, no era necesario. Winston observaba atento, sin acercarse. Adra dejó a su casero y se aproximó a Angie, que aguardaba con las patas desparramadas por el sofá, contemplando a Jezek con los ojos muy abiertos.

—¿Qué está usando? —le preguntó a Adra.

—Lo llaman *esencia*, supongo que por darle un nombre. Pero es porquería corrupta, carroña. Los hombres del duque la extraen de un órgano del monstruo que reventó en este lugar. Y, como la mayor parte de los despojos de estas cosas, tiene propiedades poco convencionales.

Angie la miró con la boca abierta.

—¿Ese desecho sirve para curar?

—Eso es. Desde heridas graves a lesiones internas o incluso algunas enfermedades. Debía de ser algún órgano que el monstruo usaba para regenerarse. Al final no le sirvió de mucho —dijo Adra, con una risilla seca—. Por lo menos podemos aprovecharla nosotros. Esperemos que ayude a Gale.

—Esperemos. —Angie miró a Adra con una mezcla de ilusión y tristeza. Luego señaló hacia una de sus patas—: Ya está mucho mejor. Un poco de descanso basta para que me recupere. ¿Crees que yo también podría tener un órgano de esos?

—No sabes mucho de ti mismo, ¿verdad?

—Casi nada —murmuró Angie—. Mis padres adoptivos nunca me contaron cómo me encontraron. —Miró a Adra, esperanzado—. Jezek ha dicho que soy un archet. Es la primera vez que oigo esa palabra, ¿y tú?

—Lo mismo —dijo—. Y si la he oído antes, la he olvidado.

Recordó que el duque también se había referido así a Angie, pero prefirió guardarse para ella la conversación con Rocal.

El chico araña suspiró.

—Décima me ha dicho que no me preocupe, que, en realidad, nadie sabe mucho de sí mismo. —Le dedicó una sonrisa—. Es una mujer sabia, Décima. No deberías pelearte con ella. En cualquier momento... ya sabes. Podría ocurrir como con la mujer anémona. Estás y de pronto no estás.

—Hay gente que siempre está —dijo Adra.

Se volvió hacia Jezek, deseosa de cambiar de tema. Este se limpiaba los restos de crema de las manos con un trapo viejo. Su piel parecía más tersa allí donde la esencia había entrado en contacto con ella, menos apergaminada. Las uñas brillaban. Se giró hacia ellos:

—Ahora toca esperar —les dijo.

Y esperaron.

SIETE

El ataque llegó al atardecer.

Winston fue el primero en darse cuenta. Se incorporó sobre el colchón con el lomo erizado, el cuerpo encorvado como una ene nerviosa. Tenía la vista fija en la ventana del cuartucho, un rectángulo torpe y exiguo cortado en la madera.

Adra y Jezek cruzaron una mirada de alarma, pero, antes de poder reaccionar, algo atravesó la ventana con un silbido penetrante y fue a clavarse en la pared opuesta. Era una araña: quedó afianzada en un tablón de la pared, sujeta con garras múltiples; no sería mayor que una mano adulta. En su vientre pulsaba una esfera añil, un hechizo embolsado a punto de desencadenarse. Adra se incorporó de un salto, pero fue Jezek quien actuó primero. Cogió un jarrón de la mesita (un regalo de Décima que Adra no había tenido valor de tirar) y encerró a la araña. A velocidad de vértigo, introdujo una mano en uno de los bolsillos de su gabardo y extrajo una cinta de adhesivo mugriento con la que procedió a pegar la base del jarrón a la pared. Antes de que pudiera terminar, el hechizo se activó.

Se escuchó una explosión mínima, un sonido burbujeante, como de descorche, la jarra tembló y a través de su contorno de pétalos de cerámica comenzaron a fluir hilos de humo ocre. «Ya podía haberme regalado una urna o una campana», pensó Adra.

—¡Adormecedera! —gritó Jezek—. ¡No respi...!

No pudo seguir. Mareado, intentó agarrarse de la mesa, pero solo consiguió derrumbarla con su propio peso. Jezek cayó de mala manera sobre el mueble, pero él, ya inconsciente, ni se enteró. Las hilachas fluyeron y se expandieron, se convirtieron en lazos de humo y nubes enredadas. Adra aguantó la respiración y saltó hacia la mesilla: esperaba que el tiempo que les había proporcionado Jezek fuera suficiente. Winston intentó bajar de la cama, pero sus patas fallaron y cayó de morros, aturdido primero y desmayado después.

Adra tiró del pomo del cajón de la mesilla y sacó la pieza entera; el contenido se desparramó sobre el suelo. Sabía que era un tiro a la desesperada, pero ahí estaban: dos mascarillas que guardaba para los días en que la peste a monstruo se hacía insoportable. Recordaba haberlas comprado, pero no si las había usado ya. Se colocó ambas, una sobre otra. Un ruido a su espalda hizo que se girara: era Angie, que acababa de caer de bruces, derrotado también por la adormecedera. Pese a las mascarillas, Adra continuó aguantando la respiración. Se abrazó al mantra habitual, a la invocación a la calma.

Rebuscó entre los restos del cajón desperdigado y encontró lo que buscaba: una daga larga y oxidada, apenas un filo con una empuñadura corta de cuero. La agarró justo en el momento en que una segunda araña disparada desde el exterior se coló en el cuarto y fue a afianzarse en el techo: unos segundos después, su carga de adormecedera estalló en las alturas. Adra avanzó a cuatro patas hacia la puerta, arrastrando las rodillas sobre el piso rugoso. El hechizo pronto llenaría el cuarto. Se obligó a respirar, una inhalación mínima, tomada casi a ras de suelo a través de las mascarillas superpuestas.

El humo se extendía como una niebla lenta y maliciosa, pero no debía salir de la habitación: todavía no. Contó hasta diez. Se repitió las frases de su madre, los lemas de tranquilidad. Por suerte, no tuvo que esperar demasiado. Escuchó pasos fuera, apenas perceptibles. Intentó contarlos, pero no fue capaz: comenzaba a marearse. Más de cuatro personas, eso seguro. Apretó el mango de la daga y echó en falta su sable; se maldijo por haberlo perdido en la prisión del Chacal.

La puerta se abrió con un golpe violento y Adra actuó al instante. Se abalanzó hacia la primera silueta que apareció en el umbral. Era un hombre armado que vestía con ropajes polvorientos, anónimos, casi de pordiosero, en contraste claro con la escopeta con la que apuntaba, un arma de buena manufactura, negra y reluciente. El desconocido llevaba puesta una máscara transparente, de blandura engañosa, que parecía fabricada en cartílago. Adra cargó contra él y le arrebató la máscara con una mano mientras le impedía maniobrar con su propio cuerpo, para evitar que la encañonara.

—¡Aparta! —escuchó gritar a alguien tras ellos.

El hombre se revolvió para cumplir la orden. Adra hundió el puñal en su torso, una, dos veces. Tres. El extraño se encogió y ella con él. Sonó un disparo, una detonación seca que voló sobre sus cabezas. Adra acompañó en su caída al desconocido, se escudó con su cuerpo y retorció la daga en su interior. La sangre manaba caliente.

—¡Mata a esa cabrona! —pidió una tercera voz—. ¡Mátala! ¡Mátala!

Se oyó un nuevo disparo. El cuerpo tras el que se resguardaba lo recibió de pleno en la espalda. Adra agarró el rifle del caído y se movió hacia la izquierda, buscando la protección de la pared. Examinó el arma: era de disparo único y carga lenta. Podría recurrir a su lanzaensalmos, pero prefería hacerlo solo como último recurso: los únicos hechizos cargados eran incendiarios y usarlos podría calcinar con facilidad todo el edificio. La furia que la embargaba había cambiado. Más calmada, ahora era una ira fría, venenosa. Podía manejarla.

La habían atacado en su casa, en su propia casa. Iban a pagar por ello.

Uno de los atacantes, en un alarde tan valiente como idiota, entró a cuerpo descubierto en la habitación, con la intención de descerrajar un tiro sobre ella. No tuvo tiempo de apretar el gatillo. Un disparo de Adra le destrozó la cara. El hombre dio una sacudida y se desplomó con un aleteo estúpido.

Fuera sonaron más disparos: detonaciones rápidas, continuadas, pero esta vez no tenían a Adra como blanco. El tiroteo duró apenas un minuto. Unos instantes después, Décima asomó a la puerta. Llevaba todavía su camisón, pero iba armada con dos pistolones humeantes que apuntaban hacia el techo. Incluso entre la violencia, el humo y el ardor de la lucha, Adra no pudo evitar sentir un ramalazo de euforia al verla aparecer. Décima la miró perpleja durante menos de un segundo, luego, consciente del humo de la habitación, se agachó ante un cadáver, le arrancó la mascarilla y se la colocó.

—Ayúdame con estos —dijo Adra, mientras señalaba al interior de su cuarto—. Tenemos que sacarlos de aquí.

—¿Quién es toda esta gente?

—Probablemente son del Baluarte.

—¿Te han seguido hasta Testamento?

Recordó al hombre de la barba blanca y al pariente de los gemelos. Recordó su salida del despacho del duque y no supo qué contestar.

—Ayúdame, venga, seguro que hay más fuera —dijo Adra.

Décima entró al cuarto, levantó el cuerpo raquítico de Jezek y se lo echó al hombro como si en vez de un hombre adulto fuera el pellejo de algún animal. Agarró a Winston por debajo de las patas y lo arrastró como pudo. Adra se encargó de Gale. El joven apenas pesaba. Su contacto hizo que se estremeciera; sintió un crepitar eléctrico, un rescoldo de energía muy similar a la que había notado cuando lo resucitó en el búnker.

—¿Oyes eso? —le preguntó Décima.

Adra prestó atención. Se escuchaba un sonido lejano de campanas, una llamada de emergencia. Algo ocurría en algún punto de Testamento. ¿Un fuego, otro ataque, algún tipo de enfrentamiento? Adra sacudió la cabeza: fuera lo que fuese no tenía nada que ver con ella, al menos de momento. Con cuidado, dejó a Gale en el suelo y fue por Angie, no sin antes atisbar por la ventana. Fuera atardecía. El cielo se inflamaba y las nubes amortajadas se estiraban en las alturas, más allá de la mole del leviatán, un mundo sobre el mundo. En el tejado del edificio vecino, dos hombres acechaban, escudados bajo los aleros de la torrecilla que coronaba la estructura. Adra reconoció el uniforme del baluarte. El humo pardo la ocultaba y se arriesgó a seguir mirando, con los ojos entrecerrados. A pie de calle descubrió varias siluetas, algunas cerca de la puerta de entrada. Contó cinco. Una de ellas era grande como un segador.

Intentó sacar a Angie a rastras, pero el chico araña pesaba demasiado. Décima había desaparecido y se preguntó qué la retrasaba. Como respuesta a su pregunta, la mercenaria apareció en el pasillo. Era evidente que volvía de sus dependencias: llevaba una cota a medio poner sobre el camisón y un fusil negro que arrojó a Adra. Esta lo recogió al vuelo, agarró la correa y se lo colgó a la espalda. Entre ambas consiguieron arrastrar a Angie al pasillo, no sin esfuerzo.

Una vez fuera, Décima se acuclilló ante Jezek, que seguía inconsciente. Extrajo

una diminuta cápsula negra de la funda de uno de sus revólveres y la abrió bajo las narices de su casero, que se incorporó en el acto, tosiendo y maldiciendo. Adra se asomó al ventanuco de la escalera. Las sombras se acercaban.

—Vienen más.

—¿Cuántos son? —preguntó Décima.

—Cinco; uno de ellos parece un contaminado —contestó—. Pero tampoco podemos descartar que los demás no lo sean. Hay otros dos en el tejado de la Pocilga de Krato. —A través de una callejuela estrecha se aproximaban otros nueve hombres armados—. Y más en camino —dijo.

—Vaya mierda, vaya mierda —masculló Jezek, entre toses—. Que sea la última vez que montas una fiesta sin pedirme permiso, Adra. ¿Por qué oigo campanas?

—Porque suenan campanas —contestó Décima.

—Más mierda —rezongó. Alzó la mirada hacia sus inquilinas—. No dejéis que entren, yo me encargo del patilargo y el perro. ¡Venga, moveos!

Adra y Décima descendieron veloces, la una junto a la otra, casi tocándose. No intercambiaron palabra. La puerta principal estaba abierta de par en par; un chorro de excrecencia negra anulaba los sortilegios de protección.

Dos sombras se abrieron paso en el umbral. Una de ellas era una mujer envuelta en harapos que empuñaba un escopetón de cuatro cañones. El otro era un hombre, aunque su piel parecía de cuero rígido y de su frente emergían dos cuernos curvos; sus ojos eran botones negros y minúsculos, casi ocultos entre estratos de piedra. La mujer abrió fuego con dos de sus cañones sobre ellas. Adra y Décima saltaron al unísono, cada una en una dirección distinta, y dispararon contra la mujer; Adra falló, pero Décima la alcanzó de lleno en el pecho. La mujer golpeó contra la pared por el impulso y luego cayó de costado.

El contaminado soltó un gruñido, se inclinó hacia delante, abrió la boca y el mundo enloqueció. Adra intentó taparse los oídos, pero era inútil, era como si gritase directamente en el interior de su cráneo. Se tambaleó: era imposible centrar la mirada, imposible pensar, imposible mantenerse en equilibrio. El grito amenazaba con demolerle la calavera, con derretir su cerebro. De pronto cesó. Adra sacudió la cabeza, en un intento de despejarse. El contaminado seguía junto a la puerta, decapitado. De su cuello brotaba un chorro de cenizas que casi parecían mariposas; los restos de carne pedregosa de su cabeza creaban un mosaico dantesco en la pared, como un halo de santo encarnado y gris. Décima empuñaba su lanzaensalmos. Adra la miró, sorprendida.

—¿Te has olvidado de que estoy casi sorda?

Abrió la mano y le enseñó un pequeño ser tentacular, sanguinolento, que se retorció entre espasmos. Décima se lo acababa de arrancar.

Avanzaron hacia la puerta y se atrincheraron allí, una a cada lado. El marco repicaba bajo los impactos de las balas. Ambas dispararon: durante unos minutos hubo fuego cruzado, pero Adra no llegó a distinguir si habían herido a alguien. Un

velo de neblina turbia oscureció su visión, una migraña que amenazaba con crecer hasta explotar.

Una voz las llamó desde la escalera.

—¡Seguidme! —Era Jezek, acompañado de Angie, que cargaba con Gale. El chico araña todavía parecía algo atontado. En las escaleras también esperaba Winston. Hizo ademán de ir hacia Adra, pero esta lo contuvo con un gesto.

Jezek se apresuró hacia la parte trasera de su tienda, allí donde vivía. Tras otra salva de disparos desde la puerta, Adra y Décima corrieron tras él.

Atravesaron el pasillo corto que conducía al habitáculo de Jezek. Décima disparó hacia atrás, sin apuntar siquiera, con intención de frenar a posibles perseguidores. Jezek se agachó junto al jergón desastroso que era su cama, lo alzó y luego retiró la alfombra, dejando a la vista una trampilla de metal. La abrió y la oscuridad tenebrosa de una galería quedó encuadrada en el suelo. Adra miró a su casero, sorprendida. Había visitado aquel cuartucho decenas de veces y nunca se habría imaginado que ocultara un pasaje secreto. Winston husmeaba la oscuridad, tan intrigado como ella.

Bajaron por una escalera de madera desvencijada, primero Angie con Gale a cuestas; luego Winston, que intentaba ganar la posición de cabeza; después Adra. Décima aguardó junto a Jezek mientras este colocaba la cama en su lugar desde abajo y después se las ingeniaba para disponer la alfombra sobre la trampilla, para que quedara oculta una vez cerrada. La trampilla chirrió; era metálica y tenía dos pestillos enormes, ambos cubiertos de runas de refuerzo. Jezek los corrió y pulsó un interruptor. Una luz ambarina y temblorosa se derramó por la escalera. En el techo, a intervalos regulares, colgaban bombillas con luciérnagas dentro.

El descenso fue más largo de lo que Adra habría esperado. Por las paredes, de roca negra y seca, trepaban finas venas rojas.

—Bienvenidos a la Jezekcueva —anunció su casero.

Desembocaron a una caverna de tamaño notable. Una capa de materia orgánica, cubierta de tela metálica, dominaba la pared este. Aquel era el verdadero laboratorio de Jezek, comprendió Adra, no el espacio minúsculo tras la tienda. Allí era donde hacía sus experimentos y pociones, donde montaba los lanzaensalmos y preparaba sus hechizos. El lugar estaba atestado. Había estanterías repletas de libros, frascos y redomas; armarios y archivadores, uno de ellos cubierto de candados; mesas de trabajo, bombonas de gases inciertos, una nevera de gran tamaño... Sobre una camilla yacía el cuerpo a medio diseccionar de un corajudo; líquenes y algas envolvían las costillas que asomaban de su pecho abierto. Adra lo miró y recordó lo que había visto en el búnker del Baluarte.

En las paredes se alineaban varias puertas cerradas. Una de ellas destacaba por su brillo y aparente robustez; casi parecía de diamante negro. La cubría una fina capa de escarcha.

—¿Podrán entrar aquí? —preguntó Décima.

—Soy científico, no adivino. Pero espero que no —contestó Jezek—. ¿De dónde

han salido esos cabrones?

Adra resopló. Su llegada a Testamento no había sido precisamente anónima y Angie no era alguien que pasara desapercibido. Cualquiera podría haberle revelado al Baluarte dónde vivía, el bastión no era tan grande y Adra era muy conocida. Recordó al duque. ¿Habría sido él? No tenía mucho sentido, sobre todo después de su última conversación. Rocal la necesitaba para algo, se lo había dejado muy claro. Quién sabía, bien podría ser una maniobra para cubrirse las espaldas.

Bajó las manos y las examinó. Tenía la piel manchada de la mezcla de ceniza, sangre y porquería negra que ahora cubría el marco de la puerta de la entrada de su edificio.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Angie, con voz temblorosa.

No era a él a quien buscaba el Baluarte. Adra lo tenía claro. Era a Gale. Miró al joven inconsciente. El sufrimiento que antes deformaba sus rasgos había quedado atrás. Ahora solo parecía dormir.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Adra—. ¿Hay otra salida, Jezek?

—Por supuesto. Siempre hay que tener una vía de escape. ¿No has aprendido nada conmigo durante todos estos años?

—¿Tendremos que salir por allí? —preguntó Décima, señalando hacia la puerta negra, brillante y helada.

Jezek sonrió y enseñó sus dientes pequeños y amarillentos.

—Eso da a mi habitación de juegos. No te aconsejo que entres, a no ser que quieras morir de forma muy desagradable.

Señaló hacia una puerta diminuta, casi una escotilla, situada en el otro extremo de la cueva. Era pequeña, de chapa arrugada y roñosa.

—Mi querida Alicia: escaparemos por la madriguera del conejo.

OCHO

Salieron a una calle desierta, un callejón situado a medio kilómetro del edificio, cubierto por un tejadillo de red metálica. Hedía a orina y óxido. Adra guio, lanzaensalmos en mano. Tras ella, Winston se sacudió con fuerza, como si quisiera librarse de la atmósfera húmeda que los había acompañado en el corto trayecto por el subsuelo de Testamento.

Se giró para asegurarse de que los demás la seguían. Angie llevaba a Gale en brazos, como si fuera un niño pequeño. Décima iba tras ellos; Adra no pudo evitar una sonrisa: la indumentaria de su vecina no era la más apropiada para la acción (al menos, no para esta clase de acción). Las campanas seguían repicando en algún punto de la ciudad. En otras circunstancias, Adra habría sido la primera en acercarse al foco del problema para intentar ayudar. Se preguntó si todo aquello no sería una maniobra de distracción para el ataque del Baluarte. Se estaban tomando muchas molestias para recuperar a Gale. Frunció el ceño, ¿cómo habían averiguado que seguía con vida? Ciara y sus hombres habían estado convencidos de que había muerto en el búnker, una víctima más de la masacre. ¿Quizá alguien les habló del joven al que un chico araña cargaba a sus espaldas?

Miró hacia la boca del callejón. Nada se movía. Las sombras parecían pintadas en el aire.

—Tenemos que salir de Testamento —dijo Adra—. No podemos quedarnos en el bastión.

—A mí no me metas en más berenjenales, Adra —dijo Jezek—. No pienso moverme de aquí, vosotros haced lo que se os antoje. Tengo negocios que atender.

Adra quiso preguntarle si parte de esos negocios los haría en el Tubo, pero prefirió callar.

—¿Por qué quieres irte? —quiso saber Décima. Se acercó a Adra, con el rostro medio girado para poder oírla mejor. Desde el oído dañado, caían hilachas lentas de sangre que se entremezclaban con el rojo de su cabello.

—Dos hombres del Baluarte visitaron al duque esta mañana —explicó Adra—. Están relacionados con él, no sé de qué modo, no sé de qué manera. Creo que buscan a Gale y no podemos arriesgarnos y quedarnos aquí. No sé hasta dónde llega su poder ni cuántos son. Y tampoco sé si el duque podrá... o querrá... protegernos. —Ignoraba los tejemanajes en los que podía estar metido Rocal. No le sorprendería que entregara a Gale al Baluarte, solo para evitar conflictos. Cuanto más lo pensaba, más probable

le parecía. Testamento estaba por encima de cualquier individuo, incluso por encima de su mejor cazadora—. No van a parar hasta que lo tengan.

—No parece gran cosa —dijo Décima. Miró al muchacho desmayado con gesto compasivo, como si contemplase a un niño dormido.

—Ni Adra tampoco, a primera vista —dijo Jezek. La tomó del brazo y lo agitó—. Luego ves que es toda fibra, ¿eh, Adra? No hay que fiarse de las apariencias.

Adra ignoró a su casero. No apartaba los ojos de Décima.

—Tenemos que irnos de la ciudad. —Lo dijo con seguridad. Era la única opción.

Ella no flaqueó ante su mirada. Estuvieron así durante unos segundos, en un duelo absurdo, sin pestañear apenas. Décima gruñó.

—Eres un jodido incordio, ¿lo sabes, Adra?

—Lo sabe —dijo Jezek—. Créeme que lo sabe. Largaos con viento fresco y llevaos a los niños con vosotras. Adra, pásame el rifle, os cubriré desde el tejado mientras os acercáis a la espina de Desembarco.

Adra obedeció. Se permitió una sonrisa diminuta de agradecimiento a Décima, quien gruñó de nuevo.

—Ten cuidado —le pidió a Jezek.

—Lo tendré. Le tengo cariño a mi pellejo, ya sabes, no quiero que me lo perforen. —Escupió al suelo mugriento, quizá a modo de despedida—. Intentaré averiguar qué es lo que sabe el duque de todo esto... —al ver la cara de alarma de Adra se apresuró a añadir—: soy demasiado importante para Testamento como para que Rocal se arriesgue a perderme.

—Yo no estaría tan segura —dijo Adra—. Lo único que le importa es esta maldita ciudad. —Se dirigió a Angie—: ¿Cómo están tus patas?

—Mejor. —A Angie no le tembló la voz esta vez—. No me quedaré atrás —aseguró. Y sus palabras casi sonaron como una promesa.

—Hora de irse —dijo Décima y le pasó uno de sus pistolones a Adra. La culata era de marfil blanco y el cuerpo del arma era negro y brillante, con runas grabadas en su superficie reluciente. Al tocarlo, manchaba levemente, como si estuviera hecho de carbón.

Adra empuñó el arma y se pusieron en marcha. Abandonaron la protección del callejón y entraron en el laberinto de calles que formaba la barriada sur. Las callejuelas eran estrechas, cubiertas de un caos superpuesto de tejadillos de red y de lona. Adra lideró la expedición, junto a Winston. Angie los seguía, con Gale a cuestas, y Décima cerraba la marcha. El bloque de casuchas que atravesaban, grisáceas y cubiertas de manchas de humedad, llegó a su final. Adra se acercó a la bocacalle y espió fuera. Una columna de humo ascendía desde el norte. Esa era la razón de las campanadas: un incendio. Las llamas parecían espíritus soliviantados en la distancia, demonios que le hicieran gestos: «Ven, ven, ven a jugar con nosotros, Adra. Queremos consumirte, queremos besarte los huesos. Queremos convertirte en ceniza».

—No me estás ayudando, cerebro —murmuró por lo bajo.

La espina de Desembarco quedaba a un kilómetro de distancia. La Mordisco esperaba, bien sujeta al enorme hueso. Justo encima flotaba ingrávigo el islote vivo del Baluarte, una gran masa pedregosa tocada de verde. Llegaba el momento de meterse en la boca del lobo y, tal y como estaban las cosas, seguro que ese lobo tenía dos pares de mandíbulas y garras venenosas. Hizo un gesto a sus acompañantes para que la siguieran.

Avanzaron por la plaza de la Esperanza, entre tugurios, puestos, corros de subasta abandonados por la alerta y comercios cerrados. Las calles estaban desiertas. Pegados a la pared, vigilaban todas las direcciones a un tiempo. Las campanas seguían sonando.

Winston se clavó a medio paso y Adra con él.

Parecieron salir de la nada. Eran tres: dos armados con lanzaensalmos, uno con una escopeta rematada por un cañón rodeado de dientes. Adra retrocedió, irritada por no haberlos visto antes.

Una mujer de uniforme negro apuntó con su lanzaensalmos y abrió fuego. El hechizo vertió sobre ellos una andanada de hollín inofensivo. «Bendita suerte», pensó Adra, mientras disparaba su revólver y perdonaba todas las veces en que sus propios ensalmos habían fallado. Su bala impactó en el hombro del atacante de la escopeta, que reculó trastabillado mientras disparaba a su vez. Una tormenta de plomo voló cerca de su cara.

Otro lanzaensalmos apuntó a Angie, pero al momento cambió de objetivo. Adra comprendió que no querían dañar a Gale. Décima también pareció entenderlo: saltó sobre Angie, saliendo del ángulo de tiro, y colocó su pistolón en la sien del joven inconsciente que el archet cargaba en brazos.

—¡Quietos o le vuelo la cabeza ahora mismo! ¡Quietos!

Su grito fue como una corriente de aire frío. Todo se detuvo.

—No tenemos nada contra vosotros —dijo la mujer de negro. Su voz intentaba ser tranquilizadora: no lo conseguía. Llevaba el pelo corto, al estilo de Ciara—. Solo los queremos a ellos. Entregádnoslos y os dejaremos en paz.

—Disculpa, vas a tener que hablar un poco más fuerte —le dijo Décima—. He tenido un pequeño problema de audición por vuestra puta culpa.

—No es lo que pensáis —dijo el soldado armado con la escopeta dentada. Hablaba muy rápido. Demasiado—. Estamos en el mismo lado. Puede que no os lo parezca, pero estamos del mismo...

Sonaron tres disparos, en sucesión rápida, y con cada uno de ellos uno de los hombres del Baluarte cayó abatido, con una bala en la cabeza. Adra miró en dirección al tejado cercano. Jezek estaba allí, con un fusil humeante en las manos. Les hizo un gesto para que se pusieran en marcha.

—Menuda puntería —masculló Décima, admirada—. ¿Sabías tú eso de Jezek?

—¡Vamos! —ordenó Adra.

Echaron a correr. Otro laberinto de calles primero, luego otra plazoleta. La campana insistía, con su repique constante. De algún punto, no muy lejano, les llegó la detonación violenta de un arma de fuego. Angie todavía no estaba del todo recuperado, pero mantenía su promesa de no quedarse atrás.

Al dejar el amparo del muro que rodeaba un almacén de carroña, se toparon de frente con la mole inmensa de la espina de Desembarco. Medía más de trescientos metros y a media altura anclaban cinco naves: una de ellas era la Mordisco, un bajel feo y rechoncho, con aspecto de insecto gigante. Cruzaron a la carrera el terreno baldío que rodeaba la espina y comenzaron el ascenso. Los peldaños tallados alrededor del hueso eran irregulares y no había baranda que protegiera de un posible traspié. Mal lugar para tener vértigo. «Esto no va a funcionar», se dijo Adra, descompuesta, pero apretó los dientes y se aferró a la pared de la espina.

En el norte, el incendio iluminaba la noche creciente. Alcanzó a distinguir el ajetreo de la brigada de emergencias del duque, atareada en intentar sofocar el fuego. Escuchó disparos, no muy lejos. ¿Podría ser Jezek? Quizá intentaba distraer a sus perseguidores. Poco podría hacer: ahora estaban expuestos y, cuanto más subieran, cuanto más cerca estuvieran de la nave de Décima, mayor sería su vulnerabilidad. Solo era cuestión de tiempo que los descubrieran. Y luego, ¿qué? Alzó la mirada. Vio el vientre de la Mordisco, a apenas cincuenta metros de distancia. Y más arriba, la isla del Baluarte, la piedra desnuda y los cañones, amenazantes. Enormes runas de escudo y protección cubrían su superficie. Procuró no mirar a sus pies, no recordar el vacío que la reclamaba.

La escalera se le antojó interminable; la espiral de peldaños que se elevaba alrededor de la espina parecía ascender en el aire hasta abandonar el planeta y sumirse en el vacío sideral. Desde aquella altura el mundo era una postal desolada. La montaña de carne en la tierra, el leviatán en las alturas... La ciudad se derramaba alrededor de la espina como una mancha de suciedad, interrumpida por desniveles de terreno y el cauce seco de algo que en algún momento fue un río y que ahora parecía una cicatriz vieja.

—Adra... —murmuró Décima.

Contuvo la respiración. Varias siluetas llegaban desde distintos puntos de la ciudad, deprisa, todos confluyendo en la espina. Eran muchas, demasiadas. La mayoría avanzaban por tierra, pero vio varias que se aproximaban por el aire en un vuelo torpe, sin gracia. Pronto los tendrían encima.

«Solo unos pasos más», pensó Adra. Unos pasos más y después quién sabía.

Décima se adelantó en cuanto llegaron a la altura de la Mordisco. La pasarela de madera que conducía hasta la escotilla de acceso tampoco tenía protección y las sacudidas de viento podían llegar a ser peligrosas. Adra alargó una mano y se aferró a la cuerda de anclaje mientras con la otra agarraba a Winston por el arnés: por muy pesado que fuera el galgo, la asustó la idea de que pudiera salir volando. Delante de ellos, Décima recorrió la pasarela como si el viento o la caída no le preocuparan lo

más mínimo, como una reina que avanza decidida y orgullosa hacia su trono. Operó en la brida que cerraba la escotilla, la abrió y luego entraron, veloces.

El interior de la Mordisco era una tiniebla rojiza. El puente de mando, alargado y con forma de óvalo, ocupaba la mayor parte de la primera altura de la nave; los camarotes exigüos estaban en los laterales; debajo, la bodega de carga, los tanques y los motores.

Dos figuras les salieron al paso, ambas armadas. Adra las reconoció; eran la tripulación de Décima: Bianca y Sato. En su mente los llamaba la Bella y la Bestia, como en aquel cuento antiguo que le contaba su madre, aunque en realidad, que ella supiera, no estaban emparejados. Se cuidaba mucho de compartir esos apodos, sobre todo ante la Bestia. Su intelecto era tan limitado como agresivo su carácter.

—¿Capitana? —La expresión de Sato era de confusión permanente, como si el mundo fuera demasiado difícil para él—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué está pasando?

—Testamento arde y nosotros nos vamos. ¿Cómo tenemos el tanque? —preguntó. Bianca contestó, veloz:

—A mitad de carga. Estamos esperando a los carroñeros para llenarlo. No podemos...

Décima hizo un gesto impaciente.

—Tendremos que proveernos por el camino.

Sato pareció aún más aturdido. Adra pensó que en cualquier momento pondría los ojos en blanco y comenzaría a resbalar saliva por su barbilla.

—¿Cómo que nos vamos? ¡Solo hace dos días que llegamos!

—No te quejes, has tenido dos días para holgazanear y gastarte toda la soldada en putas. Nos vamos, rápido.

—¿Por el fuego? —preguntó Bianca, extrañada.

—No, por eso —dijo Adra, señalando con la cabeza en dirección a la escotilla. Se escuchaban disparos fuera. Desde arriba les llegó el sonido de piedra en movimiento. La isla se ponía en marcha.

—¡Bianca, al timón! —ordenó Décima—. ¡Sato, extiende las pieles! ¡Nos vamos! ¡Nos vamos! —Los dos tripulantes de la Mordisco obedecieron: uno acudió al timón de proa; el otro corrió hacia un mecanismo repleto de cordajes, situado en el centro del puente—. ¡Tenemos que contenerlos! ¡Adra, ocúpate de babor!

—¿Qué es babor? —preguntó, con el pistolón ya en las manos.

—¡La izquierda, joder, la izquierda!

Adra se dirigió hacia una de las ventanillas estrechas que se abrían como navajazos en los laterales de la nave. Se asomó y disparó desde allí hacia una sombra movediza. Desde fuera respondieron a sus disparos. Los impactos de bala repicaban en la madera y la chapa de la nave como una lluvia acelerada. Un proyectil atravesó el fuselaje y silbó alto. Sobre sus cabezas sonó un relámpago de trapo: Sato extendía las pieles. Un cortinaje hecho de pellejos de monstruo descendió sobre el fuselaje de la nave, con una lentitud que a Adra le pareció exasperante. Algo, en lo profundo,

tosió, un golpe brusco, de enfermo que agoniza.

—¡Nave desanclada! —gritó Bianca. La tos subió de nivel, reverberaba, trepaba por las paredes del bajel, se transmitía a sus huesos con una vibración enfermiza y demencial.

Por el hueco que quedaba todavía por cubrir, Adra pudo ver como la isla maniobraba para aproximarse y abordarlos; los grandes lanzaensalmos asomaban como falos largos y amenazadores. Sabía que no usarían esos cañones: no podían arriesgarse a perder a Gale. Adra retrocedió cuando la piel cubrió al fin la ventanilla. Algo enorme golpeó contra un lateral de la Mordisco y el navío se inclinó hacia la derecha. Los disparos recrudecieron. Angie había dejado a Gale en el suelo y se cubría los oídos con manos y patas.

Décima dio un grito, dejó su puesto y corrió hacia proa. La parte frontal de la Mordisco estaba abierta al exterior; en su morro de insecto se abrían dos grandes escotillas circulares, cada una de ellas cubierta por una sustancia blanca gelatinosa y translúcida que les confería un aspecto similar a los ojos de uno de los grandes depredadores del cielo. Décima se sentó tras el armatoste inmenso que operaba el cañón trasero de la Mordisco, un caos de válvulas y muelles, situado a la izquierda del ojo derecho del bajel. El Baluarte no se atrevería a usar toda su potencia de fuego, pero ellos no tenían ese problema. Adra recordó las grandes runas que ensuciaban la isla.

—¡Décima! ¡Está protegida contra ensalmos! ¡Un solo disparo no les hará nada!

—Lo sé —contestó ella.

Y abrió fuego sobre Nadissa, la nave de Testamento. Esta carecía de protecciones mágicas; se defendía de manera más tradicional, ensamblada entre piezas acorazadas y contundentes. El ensalmo, un hechizo potente de impacto, golpeó en el lateral de estribor de la nave y la lanzó, como un ariete borracho, sobre la isla flotante. El choque fue demoledor. Una especie de alarido pétreo se hizo con el mundo durante unos segundos. Adra se sintió culpable al recordar el carácter casi consciente de las islas flotantes.

Intentó concentrarse en su propio pellejo. Los disparos sonaron más alejados; un gran pedazo de roca comenzaba a desgajarse de la isla y esta, retrasada por los daños, no maniobraba con la velocidad adecuada. Adra se acercó, tambaleándose hacia uno de los asientos en línea destinados al pasaje al fondo del puente y se dejó caer en él. La nave se alejaba despacio de Testamento. El motor rugía de forma constante bajo sus pies. De cuando en cuando se escuchaba el aleteo de las alas falsas de la Mordisco.

Décima se apartó del cañón, se acercó al timón y allí, de un pequeño compartimento, situado en un lateral, sacó una caja dorada de buen tamaño. De ella extrajo otro parásito y se lo colocó en el oído con la rapidez que da la práctica. Sonrió a Adra.

—Para oírte mejor —le dijo. Y soltó una carcajada aguda. Adra recordó el amor

de Décima por el peligro, por la aventura. Los ojos le brillaban. Si no la conociera, Adra habría supuesto que estaba borracha. La envidió: ella solo tenía un nudo de miedo y resentimiento en el estómago.

—¿Qué rumbo pongo, capitana? —preguntó Bianca.

—Malparaíso —contestó Décima—. Preferiría no decir esto, pero vamos hacia el bastión Rojo.

Adra resopló. No pensaba pisar aquel bastión y pretendía mantenerse lo más alejada que pudiera del barón Europa. No. Ella buscaba a Absalón. Tenía un ensalmo para él. Pero antes de dispararlo pretendía hablar largo y tendido con el primado.

Fue consciente de que Décima estaba junto a ella. La capitana de la Mordisco apoyó una mano en su hombro y después le acarició el cuello, un roce mínimo, de ánimo. Esta vez, Adra no se apartó.

—Espero que tu amigo merezca la pena —murmuró Décima. Se apartó y se dirigió hacia Angie, que temblaba. Winston estaba a su lado, como si quisiera consolarlo.

Adra miró a Gale, inconsciente en el suelo. No estaba segura, pero tenía la sensación de que la garra había crecido unos centímetros.

«¿Quién eres?», se preguntó.

Fuera el mundo y el viento rugían. Fuera la noche, llena de monstruos y malos augurios, se les echaba encima, los cercaba, ansiosa por sepultarlos. Fuera, en las alturas, como una capa de espanto, flotaba el leviatán.

¡ESTE LIBRO NO ACABA AQUÍ!

Esta historia **continúa en el cuarto y penúltimo libro**, que estará disponible en Amazon dentro de unos meses, también a 2,99 euritos de nada. Para hacerte más amena la espera, estamos creando relatos ambientados en el universo de *Crónicas del fin*. Puedes leerlos gratis aquí: bit.ly/cuentosdelfin.

Y hay más cosas que queremos contarte:

- Si te ha gustado esta obra, **la mejor forma que tienes de echarnos una mano es recomendarla**. Deja una reseña en Amazon o en Goodreads. Pásale un enlace a otros lectores que creas que podrían disfrutarlo. Con tu ayuda, podremos seguir creando nuevas entregas.
- Si quieres saber más (y leer más) de nosotros, puedes visitarnos en la web de Gabriella, la web de José Antonio o la web de Libertad.
- Si quieres recibir notificaciones de novedades importantes sobre *Crónicas del fin* (como por ejemplo, ofertas especiales, portadas nuevas o lanzamientos), puedes suscribirte a nuestra lista de correo aquí.
- Y si quieres más libros escritos entre Gabriella y José Antonio, puedes leer la novela juvenil *El fin de los sueños*, que es una mezcla de fantasía y ciencia ficción posapocalíptica que tiene dragones, edificios de cristal interminables, adictos a los sueños imposibles, adolescentes aventureros y, cómo no, un monstruo terrible. También tenemos *El día del dragón* si te apetece algo de fantasía cómica y disparatada dirigida a un público más joven. Sí... también salen dragones.
- ¿Quieres comentarnos algo del libro o preguntarnos alguna duda? **Escríbenos a cronicasdelfin@gabriellaliteraria.com**. Nos encantará hablar contigo.

NOTAS Y AGRADECIMIENTOS DE LOS AUTORES

Como siempre decimos, estos libros no los hacemos solos. Nos acompaña un grupo de personas con talento, entusiasmo y ese pequeño toque de locura que nos recuerda a nosotros mismos.

Y por eso queremos mencionar a nuestros lectores cero. A Rafa de la Rosa y a Manu, a Nuriel, a Carlos Sánchez Baos, a Carmen y a Paula, a José Miguel Cano, a Silvia y a Inés G. Labarta, a Elías F. Combarro, a Ana González Duque, a la madrina Lulu (von Flama). Con vuestra vista afilada, ayudáis a que estos textos lleguen al público con la menor cantidad de barbaridades e incoherencias posibles. Hacemos, como ya es costumbre, mención especial a Blanca Martínez, especialista en cazar erratas, errores y elucubraciones sin sentido.

También insistimos en que tenemos dos colaboradoras de lujo: nuestra ilustradora, Libertad, y nuestra maquetadora, Valentina. No dejéis de contar con Libertad para vuestras necesidades gráficas y con Valentina para vuestras maquetas. Trabajar con ellas es siempre una experiencia fantástica.

El último agradecimiento es, como siempre, para nuestras familias, amigos y para ti, lector, por apoyarnos y darnos vida. Esperamos que nos sigas acompañando, que sigas leyendo nuestras *Crónicas*.



GABRIELLA CAMPBELL (Londres, 6 de agosto de 1981). Es licenciada en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, Experta en Comunicación y directora de Ediciones Parnaso. Ha trabajado en radio y traducción y fue ganadora del Premio Ignotus de Poesía 2006. Fue secretaria de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror de 2006 a 2008, además de columnista de la revista Tierras de Acero y ha publicado artículos, poemas y relatos en diversos medios. Su primer poemario fue el trabajo temático *El árbol del dolor*, escrito en colaboración con Víctor Miguel Gallardo para Ediciones Efímeras bajo licencia Creative Commons. Tras *El árbol del dolor* ha publicado el compendio de poesía *Happy Pills* con la editorial granadina Alea Blanca.



JOSÉ ANTONIO COTRINA (Vitoria, España, 8 de julio de 1972). Comenzó a publicar a principios de los noventa, relatos en su mayor parte. Da el salto a la novela con *Las fuentes perdidas* (La Factoría de Ideas) en el año 2003. Desde entonces ha orientado su carrera hacia la literatura juvenil, con obras como *La casa de la Colina Negra* (Alfaguara), la trilogía *El ciclo de la Luna Roja*, *La canción secreta del mundo* (Ambas con la editorial Hydra) y *El fin de lo sueños* (Plataforma). Tiene varios premios en su haber, entre ellos el UPC de novela corta de ciencia ficción por *Salir de Fase*, y el premio Alberto Magno, del que ha sido ganador en tres ocasiones.

Mezcla sin pudor ni vergüenza la fantasía, la ciencia ficción y el terror, a veces hasta en la misma historia. Sus historias se caracterizan por la importancia de los escenarios, los giros argumentales sorprendentes y por un gusto por lo oscuro y macabro que lo emparentan con Clive Barker, autor del que Cotrina se confiesa seguidor.

En colaboración con Gabriella Campbell ha escrito *El día del dragón*, publicada por Naufragio de Letras y la pentalogía *Crónicas del Fin*.

Ha sido traducido al inglés, al polaco, al checo, al italiano y al chino y canta fatal.